LIBRO dot.com

# DEL DICHO AL HECHO...

***

## MANUEL TAMAYO Y BAUS

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

# Índice

**Del dicho al hecho...**

**Acto primero**

**Acto segundo**

**Acto tercero**

*****************

***Proverbio en tres actos tomado del francés***

# PERSONAJES

**LEANDRO**

**TOMÁS**

**GABRIELA**

**DON ESTEBAN DE AGUILAR**

**DON VICENTE**

**La acción, en Madrid, época actual.**

## Acto primero

*Habitación de un sotabanco. Las paredes, blanqueadas. Una ventana a la derecha. Puertas laterales y en el foro. Sofá y sillas de paja.*

# Escena I

LEANDRO y TOMÁS. Aquél echado en el sofá, leyendo un libro; éste sale por la puerta del foro, con blusa azul y gorra.

TOMÁS.-¡Perezoso! Dos horas ha que te dejé en la misma postura.

LEANDRO.-Estoy leyendo.

TOMÁS.-Alguno de esos librotes de extranjis donde aprendes tanta divina tontería.

LEANDRO.-¿Qué sabes tú?

TOMÁS.-¿Yo qué he de saber, si tú te lo sabes todo?

LEANDRO.-¿Has preguntado?

TOMÁS.-Sí.

LEANDRO.-¿Cómo está?

TOMÁS.-Ya no le duele nada.

LEANDRO.-¿Se ha muerto?

TOMÁS.-Hasta las uñas.

LEANDRO.-¡Pobre viejo!

TOMÁS.-Linda ocurrencia andar solo un hombre de su edad por calles extraviadas después de medianoche.

LEANDRO.-Volvía del teatro. Según informes, era un viejecito muy listo, que aún bullía por todas partes como un muchacho.

TOMÁS.-A los setenta y nueve años no se resiste una medrana como la que el infeliz debió pasar. ¡Verse entre dos ladrones, armados de cuchillos, y enfurecidos por no hallar su bolsa tan repleta como esperaban! Y acaso hubieran hecho con él una barbaridad, a no pasar tú por allí y correr en su ayuda.

LEANDRO.-¿Y qué se ha logrado con eso? No murió de una puñalada, pero

ha muerto del susto.

TOMÁS.-Siquiera ha tenido tiempo de pensarlo; y, de todas maneras, tú hiciste lo que debías. ¡Buena acción, Leandro, buena acción!

LEANDRO.-Ya me lo has dicho sobre unas quinientas veces.

TOMÁS.-Te lo diré quinientas mil.

LEANDRO.-Cualquiera otro hiciera lo mismo que yo.

TOMÁS.-O no, que está más abajo.

LEANDRO.-Además, el riesgo me atrae. Voy cansándome de vivir.

TOMÁS.-¿Empezamos ya con las lamentaciones?

LEANDRO.-Pues ¿cómo no he de lamentarme? ¡Sin oficio ni beneficio a los veintisiete años de edad! ¡Viviendo hace tres a tus expensas mi prima y yo!

TOMÁS.-La canción de todos los días. Cantaré yo también. (Tararea una canción popular.)

LEANDRO.-¡Y no hay recursos! ¡No hay esperanza! Todas las puertas se cierran para el pobre.

TOMÁS.-Eso no es verdad. Una vez te ofrecieron un portal, para que te metieses a memorialista.

LEANDRO.-¡Yo memorialista! ¡Yo en un portal!

TOMÁS.-Otra vez te quisieron hacer ayuda de cámara de un grande, y tampoco eso te pareció bien.

LEANDRO.-¡Ayuda de cámara! ¡Qué vergüenza!

TOMÁS.-En ganarse el pan honradamente no hay vergüenza ninguna. ¡Ojalá hubieras sido zapatero, como tu padre, que otro gallo te cantaría! Pero te empeñaste en ser leído y escribido, y está visto que la sabiduría no da de comer. Ya te prediqué yo bastante cuando murió don Diego. ¡Que si quieres! Traspasaste la tienda; hiciste versos, en lugar de hacer zapatos, y ¿qué sucedió? Que al poco tiempo no te quedaba ya una peseta, y un día te encontraste en mitad del arroyo, con la huerfanita que tu padre te había encomendado al morir.

LEANDRO.-Tomás, no nacieron los hombres como ya para pasarse la vida cortando cuero detrás de un mostrador; hay vocaciones irresistibles; sentía arder en mi mente la llama del genio.

TOMÁS.-No digo lo contrario; sé que tienes mucho de aquí. (Dándose con la mano en la frente.) Sólo que los hombres de talento ¡hacen unas tonterías!... Yo, que no tengo ninguno, a Dios gracias, seguí contento el oficio con que vi que mi padre mantenía su casa, y hoy, aunque me esté mal el decirlo, no hay en todo Madrid oficial de ebanista que me eche la pata. Verdad que esto a ti y a tu prima os lo debo. Tenía yo bastante de flojo y tumbón cuando me hallaba solo como un hongo; pero desde que os traje a mi lado, desde que me vi hecho un padre de familia-vamos al decir-, ¡sentí un afán de ser algo en el mundo! Trabajar para uno solo cansa y aburre. Trabajar para personas queridas, ya es otra cosa.

LEANDRO.-Sí, por nosotros te sacrificas; por nosotros, que hemos venido a empobrecer más y más a un pobre.

TOMÁS.-¿Yo pobre? ¡Me gusta! ¡Pobre con veinte reales de jornal!

LEANDRO.-Si no hallo pronto una ocupación decorosa, me pego un tiro, como esa luz.

TOMÁS.-Pues, alma de cántaro, ¿lo pasarás mejor en el infierno? Aunque no fuese más que por no afligirme, no deberías decir esas tontunas. Te doy lo que tengo. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué te falta? ¿Qué quieres?

LEANDRO.-Tomás, quiero subir.

TOMÁS.-Ciento veintisiete escalones subes todos los días dos o tres veces, y ¿aún te parece poco?

LEANDRO.-Tú, en cambio, nada ambicionas. ¡Qué calma la tuya!

TOMÁS.-Con paciencia se gana el cielo.

LEANDRO.-Feliz tú, que posees la virtud del pollino.

TOMÁS-Más vale ser asno que tigre; y se me figura a mí que no es pobreza tener poco, sino desear lo que no se tiene.

LEANDRO.-Las echas de filósofo, ¿eh? (Con sonrisa burlona.) ¿Si con el tiempo serás tú otro Séneca?

TOMÁS.-No me pongas motes, que no me gustan. Por carecer de sabiduría, no carece uno de sentido común.

LEANDRO.-Vamos, señor filósofo, que si ahora llamase un caudal a sus puertas, no dejaría usted de abrírselas.

TOMÁS.-Se las abriría de par en par.

LEANDRO.-Y serías más dichoso.

TOMÁS.-¡Qué sé yo! En la cara del pobre veo, por regla general, más alegría que en la del rico.

LEANDRO.-Cada cual goza a su manera.

TOMÁS.-Soy un pobre regularcillo; podría muy bien ser un rico detestable, Diz que con el dinero todo se alcanza, y me dan a mí a veces unos caprichos tan bestiales... Figúrate que un día se me pusiese entre ceja y ceja beber perlas disueltas en vino, como esa reina, a quien has compuesto una... ¿qué? ¡Ah, ya! ¡Una oda!

LEANDRO.-¿Y por qué no se te había de ocurrir emplear tu dinero en hacer bien a tus semejantes?

TOMÁS.-Quizá me diese por ahí, pero no es seguro.

LEANDRO.-Únicamente los ricos pueden tener esa noble satisfacción.

TOMÁS.-¡Bah! Tanto bien hace el que de tres da uno, como el que de nueve da tres. Sube a las guardillas, entra en las gazaperas de las casas de vecindad, y verás cómo personas que no cuentan con espacio bastante para poder moverse, ni con el sustento preciso para poder vivir, reparten magníficamente su pobreza con otros, aún más necesitados. Créelo, chico: el que tiene caridad, siempre tiene algo que dar.

LEANDRO.-Es cierto; con tales sacrificios se honran los pobres, esos infelices desheredados por la injusticia humana de todos los bienes de la tierra. En los pobres hay virtud; en los ricos, tan sólo egoísmo y vanidad.

TOMÁS.-No digas despropósitos. Ricos y pobres, todos somos hijos de Adán. Señores conozco yo que han secado más lágrimas que agua trae el Lozoya. ¿Y sabes lo que se me ocurre?

LEANDRO.-¿Qué?

TOMÁS.-Que eres algo envidioso del bien ajeno.

LEANDRO.-Y ¿puedes tú ver con paciencia que unos tengan tanto y otros tan poco? ¿No da rabia que bribones y sandios naden en la opulencia, y que hombres de honradez, como tú, y de talento, como yo, carezcan hasta de lo más preciso? ¡Ay, Tomás, este mundo está muy mal arreglado!

TOMÁS.-Tú lo arreglarías mejor.

LEANDRO.-Si yo pudiera, con el ejemplo haría ver a los ricos que, poseyendo aún más de lo necesario, raya en locura estar siempre deseando más; que el tener dinero no da derecho para tener vanidad y mal corazón; que es deber suyo amparar a los pobres y respetar a los humildes. ¡Oh, si yo fuese rico!...

TOMÁS.-Sabe Dios lo que harías. Del dicho al hecho hay mucho trecho, y creo yo que para llegar a saber usar bien de las riquezas se necesita aprendizaje; creo que es bobada declamar tanto contra los ricos, y que, en su lugar, muchos de nosotros lo haríamos tan mal como algunos de ellos, y quizá peor.

LEANDRO.-No deseo sino que se me ponga a la prueba. (Óyese dentro la voz de un chico, gritando: «La Correspondencia», «La Correspondencia».)

GABRIELA.-¡Chico! ¡Chico! Aquí... En el sotabanco... Espera.

(Dentro.)

LEANDRO.-¿Qué es eso? (A TOMÁS, que se habrá asomado a la ventana.)

TOMÁS.-Gabriela, que llama desde la ventana a un chico que pasa vendiendo La Correspondencia. Como a ti te gusta leer ese papel...

LEANDRO.-Sí; da tantas noticias...

TOMÁS.-¿Verdad, Leandro, que Gabriela es ya una mujer hecha y derecha?

LEANDRO.-Como que el mes que viene cumplirá diecinueve años.

TOMÁS.-La pobre no está bien viviendo con dos solteros (Cortado y con segunda intención.) ¿No te parece que sería bueno casarla?

LEANDRO.-(Con ansiedad.) ¿Sabes tú que tenga novio?

TOMÁS.-(Con mucho interés.) No... Y tú, ¿sabes algo?

LEANDRO.-Yo, nada.

TOMÁS.-Entonces.... (Sin atreverse a explicarse.)

LEANDRO.-Entonces, ya ves que no puede casarse.

TOMÁS.-Leandro... ¿Has querido tú alguna vez?

LEANDRO.-Amo ahora, y también por este motivo detesto mi pobreza.

TOMÁS.-¡Qué cosa tan particular! También yo estoy enamorado...

LEANDRO.-Sí, ¿eh? (Sonriéndose.)

TOMÁS.-Aunque uno sea algo cerrado de mollera..., el corazón a

veces...

LEANDRO.-¿Y quién es el dulce objeto de tu amor?

TOMÁS.-Gabriela viene. (Viendo entrar a GABRIELA por la puerta del foro.) Calla.

## Escena II

DICHOS y GABRIELA.

GABRIELA.-Te he comprado La Correspondencia. Tómala. (Dando «La Correspondencia» a LEANDRO, el cual se recuesta en el sofá, y lee el periódico.)

LEANDRO.-Gracias, primita.

TOMÁS.-Venga usted acá, señora, que tengo que reñirle muy formalmente. (Llevándosela a un extremo del escenario.)

GABRIELA.-¿De veritas?

TOMÁS.-¡Y tan de veritas! ¿Por qué estás pálida y ojerosa?

GABRIELA.-¡Toma! ¿Qué sé yo?

TOMÁS.-Pues yo sí lo sé. Porque te has pasado la noche cosiendo y bordando para las tiendas.

GABRIELA.-¡Ay, qué mentira!

TOMÁS.-¡Ay, qué verdad! Lo he averiguado casualmente. Ya decía yo: ¿cómo diablos hace cundir tanto mi jornal esa muchacha? ¡Ah, picaronaza, y qué bien nos ha engañado usted!

GABRIELA.-Egoistón,¿quieres ser tú solo el que gane para los tres?

TOMÁS.-No es razón que, después de estar todo el día de Dios trajinando en la casa, te pases las noches en vela, a pique de perder la salud.

GABRIELA.-¡Qué salud ni qué niño muerto! Yo haré lo que me acomode.

TOMÁS.-¿Sí? ¡Leandro! (Llamándole.)

LEANDRO.-¿Qué? (Respondiendo, sin apartar la vista del periódico.)

GABRIELA.-No, no por Dios; no se lo digas.

LEANDRO.-¿Qué?

TOMÁS.-Nada ya. (LEANDRO se acomoda mejor en el sofá y sigue

leyendo.)

GABRIELA.-¡Cuidado que tienes unas cosas!...

TOMÁS.-¡Si supiera que te estás sacrificando por él!... Un hombre puede vivir sin bochorno a costa de un amigo, pero a costa de una mujer...

LEANDRO.-Mira: lo que yo te decía. (Levantándose y acercándose a TOMÁS y GABRIELA con el periódico en la mano.) Mira si no es natural que uno se desespere.

TOMÁS.-Pues, ¿qué dice ahí?

LEANDRO.-Escucha: «Hoy, a las nueve de la mañana, ha fallecido el señor don Juan de Villarroel, a consecuencia del susto que recibió anteanoche, cuando unos ladrones quisieron matarle. No tenía parientes cercanos, y aún se ignora quién será su heredero. Deja un caudal de cerca de dieciséis millones.» ¡Dieciséis millones!

GABRIELA.-¡Pobre señor! ¡De qué poco le ha servido el dinero!

TOMÁS.-Se ha muerto lo mismo que si no hubiera tenido un ochavo.

LEANDRO.-¡Dieciséis millones!

TOMÁS.-¿Apuestas a que el viejo te ha dejado alguna manda en su testamento?

LEANDRO.-¡Ca! Los ricos piensan que todo se lo merecen. Y si me hubiera dejado alguna limosna, yo no la aceptaría.

TOMÁS.-¿Que no?

LEANDRO.-No.

GABRIELA.-¿Y por qué?

LEANDRO.-Porque el servicio que le presté no se paga con una limosna; porque yo no estoy en el caso de recibir unos cuantos duros.

TOMÁS.-Pues maldecido de cocer, ¿a quién pueden venirle mejor unos cuantos duros que a quien no tiene un solo maravedí?

LEANDRO.-Bien sé que no tengo nada, Tomás; bien sé que estoy viviendo a tus expensas.

TOMÁS.-¡Caramba, no seas mal pensado!

LEANDRO.-¡Ojalá que pueda librarte pronto de una carga que, con razón, se te va haciendo molesta.

TOMÁS.-¿Ves, Gabriela; ves qué cosas me dice? ¡Anda, que tienes mal

corazón!

GABRIELA.-¡Válgame Dios, Leandro! Algunos días estás insufrible. A Tomás se le han saltado las lágrimas.

LEANDRO.-No sé lo que me digo. Perdóname.

TOMÁS.-Con una condición. Has de creer a pie juntillas que lo mío es tuyo.

LEANDRO.-Con una condición. Has de creer que cuanto yo pueda poseer en lo sucesivo es tuyo también.

TOMÁS.-Trato hecho, y para poner a prueba tu buena fe, empiezo por decirte que tengo ahorrados cincuenta y siete reales, y que sé que a ti te hacen falta.

LEANDRO.-¿A mí? Te equivocas.

TOMÁS.-Al primer tapón, zurrapas.

LEANDRO.-Te aseguro que no necesito ese dinero.

TOMÁS-¿No ha estado aquí esta mañana tu amigo Pablo Ortiz a ver si podías socorrerle?

LEANDRO.-Ah, sí; es cierto.

GABRIELA.-¡Pobre muchacho! ¡Cuánta lástima da!

TOMÁS.-La madre, anciana e impedida; el hijo, tísico; con hambre los dos... Pues teniendo tú cincuenta y siete reales, ¿has de negar un socorro a esos infelices?

LEANDRO.-Bien; si tú lo dispones...

GABRIELA.-¡Qué bueno eres, y cuánto te queremos Leandro y yo!

TOMÁS.-(Me cree bueno..., dice que me quiere...) (Abre el cajón de una mesa y saca dinero.) Toma; llévaselos (Dando el dinero a LEANDRO.)

LEANDRO.-Le diré que se los llevo de tu parte.

TOMÁS.-¡Qué desatino! Tú eres su amigo y un señor como él. Dándoselos tú, los recibirá con menos empacho que si yo se los diera. Ya sabes que los pobres tenemos el feo vicio de ser orgullosos. (Con intención.)

GABRIELA.-(A LEANDRO.) Haz lo que te dice.

LEANDRO.-Corriente. Voy allá. (Quítase el gabán y pónese una levita, bastante raída, que habrá en una silla; se mira a un espejo, se arregla la corbata, se ahueca el pelo y se pone el sombrero.)

GABRIELA.-(A TOMÁS.) ¿Oyes?

TOMÁS.-Sí; el señor Leal, que quiere pasar adelante, y araña la puerta para que se le abra.

GABRIELA.-Tendrá apetito. Esta mañana se fue sin probar bocado.

TOMÁS.-Es un calaverón de marca mayor. Ahora estaba en la calle rodeado de una caterva de camaradas de todos tamaños. Vínose a mí loco de alegría, y poniéndome las patas en el pecho, me dijo: guau, guau, guau, con lo cual quería dar a entender: «Que sea usted bien venido, señor amo.» Y luego, para echarla de guapo a mis ojos, fue a caer, botando como si fuera de goma elástica, encima del apiñado corro de sus amigos, que salieron pitando y poniendo el grito en el cielo. Cuando se vio solo volvió la cara con mucho sosiego hacia donde me había dejado, y me hizo un guiño, como diciendo: «Ya ve usted que aquí soy yo quien cobra el barato.»

GABRIELA.-Voy a abrirle, que se impacienta.

TOMÁS.-Dime, Gabriela, ¿estás contenta de mí?

GABRIELA.-No hay un mozo mejor que tú debajo de la capa del cielo.

(Vase por la puerta del foro.)

## Escena III

TOMÁS y LEANDRO

TOMÁS.-(Vamos, es cosa averiguada: esta chica me corresponde.) ¡Eh, tú!, ¿vas a estarte acicalando hasta el día del juicio? Más veces te pones y te quitas la levosa al cabo del día...

LEANDRO.-¿He de salir a la calle hecho un puerco?

TOMÁS.-Pues vivo, que te esperan con hambre.

LEANDRO.-Ya me voy. Hasta luego.

TOMÁS.-¡Ah, oye!... Me has dicho que estás enamorado.

LEANDRO.-Sí, como tú.

TOMÁS.-Pues sepamos de quién.

LEANDRO.-No es razón que tengamos secretos el uno para el otro.

TOMÁS.-¡No faltaba más!

LEANDRO.-¿A quién quieres tú?

TOMÁS.-¿Yo?... Habla tú primero.

LEANDRO.-No; primero tú.

TOMÁS.-No, tú.

LEANDRO.-Así no acabaremos nunca. Yo quiero a mi prima.

TOMÁS.-¡Eh! ¿A quién? ¿A Gabriela?

LEANDRO.-¿Por qué te sorprende?

TOMÁS.-¿Qué sé yo? Como es tu prima.

LEANDRO.-¿Y qué?

TOMÁS.-Justo: ¿y qué?

LEANDRO.-¿No te parece Gabriela digna de ser amada?

TOMÁS.-Sí... ¡Lo que es eso!...

LEANDRO.-Pues entonces, ¿qué tiene de particular que me haya enamorado de ella?

TOMÁS.-No...; la verdad es que no tiene nada de particular.

LEANDRO.-Y tú, ¿a quién quieres?

TOMÁS.-Yo..., ¡qué sé yo!

LEANDRO.-¿Que no sabes?... ¿Me obligas a confiarte mi secreto, y ahora te niegas a descubrirme el tuyo? No lo consentiré: habla.

TOMÁS.-(¡Qué apuro!)

LEANDRO.-¿Quién merece tu amor?

TOMÁS.-¿Quién?... Pues, sí; la chica del portero,

LEANDRO.-¡La chica del portero! Pero, hombre, ¡si es jorobada!

TOMÁS.-¡Ah!... Sí..., cierto: es jorobada. Quizá sea la joroba lo que a mí me ha hecho tilín.

LEANDRO.-¿Hablas con formalidad?

TOMÁS.-Sí.

LEANDRO.-Pues con formalidad te digo que tienes un gusto...

TOMÁS.-De mil demonios.

LEANDRO.-Es preciso que se te quite eso de la cabeza. Dicen que una mujer es carga pesada, figúrate lo que será una mujer con joroba.

TOMÁS.-Anda, no te detengas más.

LEANDRO.-Adiós.

TOMÁS.-¿Le has declarado ya tu amor a Gabriela?

LEANDRO.-No... Tú me ayudarás a declarárselo. (Vase por la puerta del foro.)

## Escena IV

TOMÁS.-¡Yo!... ¡Pues no estaría malo! Para todo necesita ayuda el señorito. ¡Es un perezoso..., un egoísta! Cree que todo se lo merece por su linda cara, y que él no debe nada a nadie... ¿Qué es esto? Vamos a cuentas, señor Tomás. ¿Por qué se enfurece usted, contra su amigo, notándole ahora defectos que en tres años no le había notado? ¿Y por qué quiere a su prima? ¿Y por qué no la ha de querer? ¿No la quiero yo? Vivir a su lado y no amarla, esto si que no hubiera merecido perdón de Dios. Haberse enamorado de Gabriela es quizá lo único bueno que ha hecho ese bolonio en toda su vida. ¡Y yo que había llegado a concebir esperanzas de casarme con ella!... ¡Qué se le ha de hacer! Paciencia. Tengamos la virtud del pollino, como dice su señoría. Los casaré... Trabajaré para ella y para él... y para sus hijos... Me vengaré haciéndolos felices; y yo también seré dichoso..., así..., de cierta manera..., pues... hasta cierto punto..., eso es..., hasta que no pueda aguantar más, y reviente como un triquitraque. ¡Por víchele! ¡Por víchele! (Se sienta en el sofá, pone los brazos sobre el respaldo y reclina en ellos la cabeza.) Pero Leandro no le ha dicho aún esta boca es mía, ¿Quién sabe si le querrá Gabriela? ¿Quién sabe si me querrá a mí? ¡Ca! Él gasta levita...; yo, blusa o chaqueta...; él tiene humos de gran señor...; yo soy un pelele... No hay que devanarse los sesos: Leandro será el preferido..., claro está, ¿Y por qué ha de estar claro? Su cabeza, sí, señor, su cabeza vale más que la mía; pero mi corazón, ¿por qué no he de decirlo?, mi corazón vale más que el suyo. ¡Ah! (Viendo salir a Gabriela por la puerta del foro.) Salgamos de dudas, y al vado o a la puente.

# Escena V

TOMÁS y GABRIELA.

GABRIELA.-Ya se ha comido su merced una cazuela de sopas.

TOMÁS.-¿Quieres a tu primo, Gabriela?

GABRIELA.-¡Qué pregunta! ¿Pues no le he de querer, si es mi primo? Ni le quiero por esto sólo. Desde que se arrojó a salvar a ese anciano con riesgo de su vida, le quiero mil veces más que antes. (Con mucho calor.)

TOMÁS.-(¡Que no hallase yo por ahí otro viejo!...)

GABRIELA.-Además (Reprimiéndose.), ya sabes que su padre me recogió cuando quedé huérfana, y que después él me tuvo también a su lado.

TOMÁS.-No hizo más que cumplir una obligación.

GABRIELA.-¡Rara suerte la mía, Tomás! Siempre amenazada de quedarme sola en el mundo, y siempre hallando amparo y cariño en corazones generosos. Primero, don Diego, que en gloria esté; luego, Leandro; luego. tú. Tú sí que no tenías obligación ninguna de ampararme. Por eso a nadie debo tanta gratitud como a ti

TOMÁS.-(Algo es algo. Y como el que da primero da dos veces... ¡Pecho al agua! Declarándome primero que el otro... )

GABRIELA.-¿En qué piensas?

TOMÁS.-Gabriela, has de saber... (Guarda, Pablo. Las calabazas me gustan poco. Hagamos antes una prueba.) Gabriela.

GABRIELA.-¿Qué?

TOMÁS.-Leandro tiene un disgusto.

GABRIELA.-¡Un disgusto! ¿Cuál?

TOMÁS.-Está enamorado.

GABRIELA.-¿Enamorado? ¡El! ¿De veras? (Con ansiedad.)

TOMÁS.-(¡Malo!) De veras.

GABRIELA.-No puede ser. ¡Ca! Figuraciones tuyas.

TOMÁS.-Lo sé de buena tinta.

GABRIELA.-¿Por dónde lo sabes?

TOMÁS.-El mismo me lo ha dicho.

GABRIELA.-¿Con que no hay duda? ¿Con que es verdad? (Con enojo.)

TOMÁS.-(¡Malo, malo!) Verdad es, por desgracia.

GABRIELA.-¿Por desgracia dices? ¿No es digna de su cariño esa mujer? Entonces hay que abrirle los ojos, hay que impedir que haga un desatino.

TOMÁS.-(¡Malo, malo, malo!)

GABRIELA.-No faltaba más sino que una picarona... Salvémosle del peligro que corte. Tú me ayudarás a desengañarle.

TOMÁS.-(Todo el mundo quiere que yo le ayude, y nadie quiere ayudarme a mí.)

GABRIELA.-Apostaría cualquier cosa a que ella no le ama.

TOMÁS.-Pues perderías. Le ama, le adora sin saberlo.

GABRIELA.-¿Sin saberlo?

TOMÁS.-Es una criatura angelical, que aún no se ha dado cuenta a sí misma de lo que pasa en su corazón. Cree que es amistad el amor que tiene a Leandro; pero sólo al pensar que ama a otra mujer siente celos.... se pone
pálida...-sus ojos echan chispas..., se altera su voz.... su mano tiembla... (Asiéndola una mano.)

GABRIELA.-(Muy turbada.) Tomás...

TOMÁS.-Te digo que le quiere, le quiere mucho. (Óyese un campanillazo.) ¿No opinas tú lo mismo que yo?

GABRIELA.-Suéltame; están llamando. (GABRIELA se va corriendo por la puerta del foro.)

TOMÁS.-La pobre huye avergonzada al ver descubierto su cariño. ¿Qué rompería yo? ¡Yo quiero romper algo! Hay hombres que nacen de pie. ¡Yo nací en martes y lloviendo! Bueno que se quieran; bueno que se casen; pero esto de que se quieran en mis barbas; esto de que se casen en mis hocicos... Si pudiera huir... Ojos que no ven... ¿Y cómo hago yo eso? ¿Cómo los abandono? No hay más: tendré que casarlos yo mismo. ¡Buen bromazo voy a correr! Sudando estoy. Se me arde la frente. Si me diera un tabardillo pintado, ¡qué bien me vendría!

## Escena VI

TOMÁS y LEANDRO.

LEANDRO.-¡Qué casa aquélla, Tomás! Un chiribitil en que se da con la cabeza en el techo: un catre con un jergón para la madre; un jergón en el suelo para el hijo; una silla desvencijada para los dos; un fogón sin lumbre, ni ceniza siquiera, que da frío de sólo verlo. Allí recordaba con espanto que ese viejo que ha muerto hoy poseía dieciséis millones. ¡Qué monstruosa desigualdad! (Quítase la levita y pónese el gabán.)

TOMÁS.-Perora, hijo, perora, y quítate la levita. (Con soflama.)

LEANDRO.-No tengo más que ésta; si no la cuido... (Óyese un fuerte campanillazo y ladridos de perro.)

TOMÁS.-¡Caramba! Ese quiere entrar.

LEANDRO.-¿Quién podrá ser a estas horas?

TOMÁS-A Leal no le ha hecho gracia el campanillazo.

LEANDRO.-Siempre que oigo llamar a la puerta me entra un desasosiego... (El perro ladra cada vez más fuerte.)

Escena VII

DICHOS y GABRIELA.

GABRIELA.-(Saliendo muy turbada por la puerta del foro.) Leandro, Leandro.

LEANDRO.-(Con ansiedad.) ¿Qué hay?

TOMÁS.-¿Quién es? (Notando la turbación de GABRIELA y acercándose a ella.)

GABRIELA.-Un lacayo que ha preguntado si estás en casa.

LEANDRO.-¡Un lacayo!

GABRIELA-Su amo, que se había quedado en el coche, va a subir en seguida.

TOMÁS.-¡Calla! ¿Te visitan a ti señores de coche?

LEANDRO.-¿Un señor de coche buscarme a mí? ¿Qué me querrá?

GABRIELA.-¿Le abro?

LEANDRO.-Pues ¿qué has de hacer? Anda, y abre en seguida. (Vase

GABRIELA por la puerta del foro. LEANDRO se quita el gabán, que echa dentro de un cuarto, cuya puerta cierra; se pone la levita, arregla los muebles, se ahueca el pelo con la mano, mirándose al espejo; se estira el chaleco, se mira el pantalón, tose y escupe. todo con mucha precipitación y azoramiento.)

TOMÁS.-¿Otra te pego, Mateo?

LEANDRO.-¿Recibir aquí a un caballero que tiene coche?

TOMÁS.-Ya supondrá que aquí no vive el emperador de los cochinchinos.

(El perro ladra desaforadamente.)

LEANDRO.-Y a ese maldito animal, que nunca ladra, se le ocurre ahora alborotar así.

AGUILAR.-(Dentro.) ¡Chucho! ¡Chucho!

GABRIELA.-(Dentro.) ¡Leal! ¡Leal!

TOMÁS.-(Asomándose a la puerta del foro.) No le deja pasar de la puerta.

LEANDRO.-(¡Qué bochorno!)

TOMÁS.-(Riéndose)¡Y el hombre tiene una cara de espanto!...

LEANDRO.-Anda tú, ¡por los clavos de Cristo!

TOMÁS.-¡Largo de ahí, Leal, largo! (Yéndose por la puerta del foro. El perro deja de ladrar y empieza a gruñir.)

LEANDRO.-¿Qué idea formará de mí ese caballero viéndome en esta casa?

## Escena VIII

LEANDRO, TOMÁS, AGUILAR y GABRIELA.

AGUILAR.-¡Pícaro bicho!... ¡Cómo ladra! Beso a usted la mano.

LEANDRO.-(Saludándole muy cortado.) Caballero...

AGUILAR.-Creí que se me venía encima. ¡Qué feo es el condenado!

TOMÁS.-(¡Feo mi perro! Más feo es él y pasa.) Diré a usted: Leal es muy pacífico (Haciendo cortesías.); pero se conoce que usted le ha chocado. Como no tiene costumbre de recibir visitas tan majas... (LEANDRO le hace señas para que calle.)

LEANDRO.-(¡Qué necio!) Hágame usted el favor de sentarse.

AGUILAR.-(A LEANDRO.) Gracias. Y usted, ¿no se sienta?

LEANDRO.-(Sentándose a alguna distancia de AGUILAR.) Sí..., si, señor.

AGUILAR-Más cerca...

LEANDRO.-(Acercándose un poco.) Sí.... como usted guste.

AGUILAR.-¿Tengo la honra de hablar con el señor don Leandro Jiménez?

LEANDRO.-Servidor de usted.

AGUILAR.-Muy señor mío. Pues yo soy don Esteban de Aguilar, pariente, aunque lejano, del señor don Juan de Villarroel, a quien usted salvó anteanoche valerosamente de unos ladrones. Los hombres capaces de arriesgar su vida por la del prójimo merecen, cualquiera que sea su condición social, el aprecio y respeto de todo el mundo, y yo vengo a manifestarle a usted mi gratitud y a estrechar su mano.

LEANDRO.-(Dándole la mano.) ¡Tanta bondad!

TOMÁS.-(Bajo a GABRIELA.) (¡Me revienta este tío!)

GABRIELA.-(Bajo a TOMÁS.) (Pues me parece muy bueno.)

AGUILAR.-¡Es usted un bienhechor de la Humanidad! (¡Canalla!) ¡Un héroe!

LEANDRO.-¡Héroe yo! El favor que tuve la dicha de prestar al señor don Juan de Villarroel...

AGUILAR.-Fue inmenso. Lo que él decía: «Por ese mozo he vivido algún tiempo más, y puedo morir en mi lecho cristianamente, con la esperanza de resucitar a vida mejor.» Era un santo. Ya habrá recibido en el cielo la recompensa de sus virtudes.(Fingiendo que llora, y restregándose los ojos con un pañuelo.)

GABRIELA.-(Conmovida.) ¿Ves cómo llora?

TOMÁS.-¿Llora, o finge llorar?

LEANDRO.-¿Es usted su heredero?

AGUILAR.-No. señor; no lo soy, contra lo que todo el mundo esperaba. Cualquiera otro en mi lugar hubiera tomado el cielo con las manos. Yo, no. Lejos de condenar su conducta, la admiro, la aplaudo. (Con vehemencia fingida.) ¡Qué hombre aquél, qué hombre! ¡Qué corazón! (Fingiendo enternecerse otra vez.)

TOMÁS.-(¡Cuánta pamema!)

AGUILAR.-El objeto de mi visita es darle a usted una buena noticia.

LEANDRO.-¿A mí?

AGUILAR.-He querido ser quien primero se la diese a usted. El señor don Juan lega por su testamento la mitad de sus bienes para dotar hospitales y otras obras de beneficencia...

TOMÁS.-(Acercándose a LEANDRO.) ¡Bravo! Y luego se dirá que los ricos...

LEANDRO.-¡TOMÁS!

TOMÁS.-(Retirándose.) (Tente, lengua.)

AGUILAR.-La otra mitad, que ascenderá en fincas rústicas y urbanas a unos ocho millones de reales, sobre poco más o menos, se la deja a usted.

LEANDRO.-(Levantándose.) ¡Eh!

GABRIELA.-¡Dios mío!

TOMÁS.-¡Caracoles!

LEANDRO.-Dice usted que...

TOMÁS.-Eso debe ser una broma.

AGUILAR.-Digo que a estas horas es usted dueño de un caudal de ocho millones.

LEANDRO.-¡Será posible!... ¡Tanto dinero!... Se me va la vista... Todo da vueltas a mi alrededor. (Apoyándose en una silla.)

GABRIELA.-(Corriendo a sostenerle.) ¡Leandro!

TOMÁS.-Vamos, hombre, que la cosa no es para tanto. (Sosteniéndole también y haciendo que se siente en una silla.)

AGUILAR.-Serénese usted. (¡Si reventara!)

GABRIELA.-Te daré agua con unas gotas de vinagre.

LEANDRO.-No es menester. Ya pasó. ¡Ocho millones!

AGUILAR.-La presencia de un extraño en este momento debe serle a usted enojosa.

LEANDRO.-No; de ningún modo... Al contrario...

AGUILAR.-Ya nos veremos. Creo que esta señorita es prima de usted. ¡Preciosa criatura!

GABRIELA.-(¡Jesús, qué sofoco)

AGUILAR.-Mi sobrina y pupila, la marquesita de Torregalindo, tendrá mucho gusto en ser amiga de usted.

GABRIELA.-(¡Amiga yo de una marquesa!)

AGUILAR.-¿Usted no conoce a mi sobrina? (A LEANDRO.) ¡Oh, es una perla! Toca el piano como Listz, canta como la Patti, habla el francés como un francés. El hombre que logre llamarla esposa será el más feliz de los mortales. Conque lo dicho, seremos muy amigos.

LEANDRO.-Caballero.... usted.... la marquesa..., el difunto.... yo...

AGUILAR.-Los pondré a ustedes en relaciones con la grandeza.

LEANDRO.-¡Con la grandeza!

AGUILAR.-Tengo palco en el teatro Real, y cuando ustedes gusten favorecerme...

GABRIELA.-¡Palco!

LEANDRO.-¡Palco en el teatro Real!

TOMÁS.-¡Ave María Purísima!

LEANDRO.-(Déjase caer en una silla.) ¡Otro vahído!

AGUILAR.-(Dándole la mano.) Estoy abusando...

LEANDRO.-(Queriendo levantarse y volviendo a caer en la silla como atontado.) Mi gratitud..., mi...

AGUILAR.-Quieto... quieto... Entre amigos íntimos como nosotros... (A GABRIELA, alargándole la mano; ella le da la suya con rubor.) Va usted a volver locos a todos los pollos del gran mundo.

GABRIELA.-(Tiemblo de pies a cabeza.)

AGUILAR.-¿Éste será su criado de usted? Abur, tú, muchacho.

TOMÁS.-¡Me gusta!

LEANDRO.-(Turbado y como haciéndose violencia.) No... Es... mi amigo.

AGUILAR.-(Dándole la mano.) Ah... ¡Mil perdones!

TOMÁS.-(¡El demonio del tío ése!...)

AGUILAR.-Señores... Señorita... (Saludando.) (Me conviene. Puede pasar.) (Mirando a LEANDRO. Vase por la puerta del foro.)

LEANDRO.-(Como alelado.) No sé que me sucede.

GABRIELA.-¡Ni yo!

TOMÁS.-¡Ni yo! (Óyese ladrar al perro con furor.)

AGUILAR.-(Dentro, dando un grito.) ¡Ay!

LEANDRO.-(Yendo hacia el foro.) ¡El perro!

TOMÁS.-¡Otra vez!

AGUILAR.-(Sale corriendo y despavorido por la puerta del foro, hasta donde debe suponerse que le ha perseguido el perro ladrando.) ¡Chucho, quieto!

LEANDRO.-(Haciendo ademán de dar un puntapié al perro, que se retira aullando.) ¿Quieres callar?

AGUILAR.-¡Eso no es perro, es una fiera, es el mismo demonio!

LEANDRO.-Le hemos dejado a usted salir solo... Nuestro aturdimiento...

AGUILAR.-¡Bah! Cuando hay confianza... Hasta la vista, (Vase por la puerta del foro precedido de LEANDRO.)

GABRIELA.-(Como asombrada.) ¿Qué dices, Tomás?

TOMÁS.-Yo, nada. ¿Y tú?

GABRIELA.-¡Qué cosa tan rara! ¿Verdad? (Óyese cerrar la puerta de la escalera y gruñidos del perro.)

TOMÁS.-Muy rara, mucho.

## Escena IX

TOMÁS, GABRIELA y LEANDRO.

LEANDRO.-¡Tomás! ¡Gabriela! (Óyese ladrar al perro y arañar a la puerta.) ¿Estoy soñando? Vosotros lo habéis oído como yo. Tengo dinero, mucho dinero... Cierta es mi felicidad.

TOMÁS.-Bien me maliciaba yo que el buen viejo haría algo por ti. Pero, ¿quién se había de figurar?... Mira..., mira... Esta se ha quedado patidifusa.

LEANDRO.-Alégrate, chica, soy millonario.

GABRIELA.-Sí, me alegro...: sólo que una alegría tan repentina...

TOMÁS.-Le compraremos un collar de plata a Leal, ¿eh?

LEANDRO.-¡De oro! ¡Llegó la mía! ¡Ah, señores ricos.qué buena lección os voy a dar!

TOMÁS.-¿No serás vanidoso?

LEANDRO.-¿Yo vanidoso? ¡Quita allá!

TOMÁS.-¿No te olvidarás de que hay pobres que tienen hambre?

LEANDRO.-Simple, ¿quién ha de tener hambre teniendo yo tanto dinero? ¡Se acabaron los pobres!

TOMÁS.-(Alargándole la mano.) Toca ahí.

LEANDRO.-(Abrazándole.) ¡Tomasillo!

GABRIELA.-¡Qué gusto!

TOMÁS.-(Fijando la vista en GABRIELA.) ¡Ah!

LEANDRO.-¡Ocho millones! ¡Ocho millones!

TOMÁS.-¿Te parece que tener ocho millones es gran ventura?

LEANDRO.-Me parece que es la mayor felicidad de la tierra.

TOMÁS.-Calla, bárbaro. Aún hay dicha mayor, ocho millones de veces mayor,

LEANDRO.-¿Te chanceas?

TOMÁS.-¡Gabriela te ama!

GABRIELA.-¡Oh!

LEANDRO.-¿Qué dices?

TOMÁS.-La verdad.

LEANDRO.-¡Gabriela!

GABRIELA.-Pero...

TOMÁS.-Él te ama a ti.

GABRIELA.-(Con íntimo gozo.) ¿De veras?

TOMÁS. (A LEANDRO, señalando a GABRIELA.) Mira cómo le sale el gozo a la cara.

LEANDRO.-Pues también Tomás está enamorado. ¡Pero si vieras qué mal gusto ha tenido!... ¡Ja, ja!... (Riendo.)

GABRIELA.-Pues, ¿a quién quiere?

TOMÁS.-Calla. (¡Maldita jorobada! Sólo me faltaba que ella creyese...) Con que no hay más que hablar. Os casaréis inmediatamente. Seré padrino de la boda. Hazla muy dichosa, Leandro: sí, muy dichosa..., porque si no... (Llorando.)

LEANDRO.-¿Y a qué viene ahora llorar?

TOMÁS.-Viene... ¿Qué sé yo a qué viene? Lloro... porque... Justo y cabal... Porque estoy contento... (Riendo y llorando.) Pero dile algo, bobo; dile..., pues.... lo que se dice en tales casos.

LEANDRO.-¿Me quieres?

GABRIELA.-Creo que sí.

LEANDRO.-Pues yo te adoro, te idolatro.

TOMÁS.-(No hay más remedio que ir tragando saliva.) No se anden ustedes con repulgos de empanada. Un abrazo. (Arrojando a GABRIELA en los brazos de LEANDRO.)

LEANDRO.-¡Gabriela!

GABRIELA.-¡Leandro!

TOMÁS.-¡Así me gusta!... ¡Vivan los novios!

GABRIELA.-¡Viva Tomás!

TOMÁS.-(Llorando otra vez.) Sí, ¡viva Tomás! (¡Grandísima pícara!)

LEANDRO.-¡Dale! No llores.

TOMÁS.-Se acabó. ¡Alegría, alegría! Viva el dinero, que ha de servir para hacer el bien.

LEANDRO y GABRIELA.-¡Viva! ¡Viva!

TOMÁS.-(Cogiéndole y empezando a bailar con ella una polca.) Ven acá, tú, muchacha.

TOMÁS y GABRIELA.-(Tarareando una polca.) Tararí...

LEANDRO.-(Tarareando también la polca, y bailando solo.) Tararí... Ocho millones... Tararí... Ocho millones...

**FIN DEL ACTO PRIMERO**

# Acto segundo

*Sala. Puertas laterales y otra en el foro. Un retrato al óleo de don Juan de Villarroel, con la cruz de Calatrava y la banda de Carlos III.*

## Escena primera

DON VICENTE, un criado, un lacayo, tapiceros, que se ocupan en poner colgaduras en las puertas; ebanistas y mozos, que entran y salen, llevándose los muebles que hay en la escena y trayendo y colocando otros nuevos de mucho lujo; después, TOMÁS.

DON VICENTE.-¡Qué batahola! No sé dónde tengo la cabeza. Más de prisa, muchachos. A esta hora (Mirando el reloj.) quería el señor que estuviese ya todo listo. Y a fe que el niño es blando de genio. (Para sí.) (A los mozos que salen trayendo un sofá, indicándoles el sitio en que han de colocarle.) ¡Eh!, el sofá en este lado... Así... Y vosotros (A los tapiceros.), ¿no acabáis todavía? ¡Aquél si que era un señor! (Señalando al retrato de don Juan de Villarroel.) Un señor a carta cabal. ¡Ay, Jesús!, entre éste y aquél, ¡qué diferencia!

TOMÁS.-(Saliendo por la puerta de la derecha de primer término.) ¿Han acabado ya?

DON VICENTE.-Sí, señor. ¿Traéis las cuentas? (Un tapicero y un ebanista hacen una señal afirmativa.) Pues vengan acá y tomad el portante. (Recibiendo los papeles que le dan un tapicero y mi ebanista. Vanse los tapiceros, los ebanistas y los mozos.) Tú, anda corriendo a casa de Lhardy y tráete el faisán (Al criado, que se va.) Tú, con Miguel, ve poniendo la mesa. Ya sabéis: para servir la comida, frac y corbata blanca. (Vase el lacayo.)

TOMÁS.-¡Válgame Dios! Todo este trajín para dar de comer a una persona.

DON VICENTE.-Se empeñó el señor en que hoy mismo se había de alhajar de nuevo esta sala; y como en diciendo él melón hay que ponerle la tajada en la mano...

TOMÁS.-Va a perder la chaveta.

DON VICENTE.-¿Que la va a perder? No, señor; ya la tiene perdida,

TOMÁS.-¡Eh! ¿Cómo se entiende? ¿Usted se atreve a murmurar de su amo?

DON VICENTE.-¡Ay, señorito, si don Leandro fuera como usted!...

TOMÁS.-Es mejor que yo, ¿estamos? Mil veces mejor.

DON VICENTE.-Bien, corriente, será un ángel del cielo...; pero ¡qué genio tiene! ¡Ay, qué genio tan pícaro!

TOMÁS.-Se enfada pronto, no lo niego, pero en seguida se le pasa.
DON VICENTE.-Y se vuelve a enfadar. Ni se enfada sólo conmigo, sino también con usted, y hasta con la señorita Gabriela, que esto sí que no merece disculpa. Y note usted cómo la pobrecilla anda siempre escondiéndose por los rincones para llorar sin que le vean.
TOMÁS.-(Empieza a conocerle.)
DON VICENTE.-Pues se me antoja a mí que la señorita no hará muy buen casamiento casándose con su señor primo.
TOMÁS.-¿Y a usted quién le mete?...
DON VICENTE.-Cierto. Y sabe Dios si luego mi señor don Leandro será un marido a pedir de boca... Aunque pienso yo que no se muere por su prima.
TOMÁS.-Pues se engaña usted, amiguito: la ama, la adora.
DON VICENTE.-Bueno, convenido. Pero ya se ve cómo ella es una malva y él un cardo borriqueño; cómo ella peca de humilde y él tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca...
TOMÁS.-¡Don Vicente! Cuidado con la lengua. Ya va de dos.
DON VICENTE.-No; si no lo decía yo por ofenderle. ¿Quién está libre de defectos? Sólo que observo que cuanto más señor es un señor, con más sencillez y benevolencia trata a los demás, y que no hay diablo que resista al que no es señor y quiere parecerlo. Su excelencia, mi amo... El otro..., aquél... (Señalando el retrato.), tenía una prosapia de las buenas, y era caballero calatravo y gran cruz de Carlos III-véalo usted-(Señalando de nuevo el retrato.), y senador del reino, y ¿qué sé yo? Pues no se puede usted figurar un señor más llano y más amable con todo el mundo. Y no hubiese miedo de que ningún inferior se le subiera nunca a las barbas. Ca: nada de eso. Sin vanas exterioridades sabía él hacerse respetar, porque él-entiéndame usted-, él era un señor por de dentro, así como otros..., pues..., no lo son más que por de fuera.
TOMÁS.-(Con enojo.) ¿Y qué? ¿Quiere usted dar a entender que Leandro?...
DON VICENTE.-No, señorito; yo no quiero dar a entender nada contra mi señor don Leandro. Y eso que a veces manda cosas que a mí-clarito-no me


Librodot

parecen bien. Ayer, sin ir más lejos, mandó subir los alquileres de las casas y el arrendamiento de las tierras, y poner por justicia a los pobres que no puedan pagar los atrasos inmediatamente.

TOMÁS.-¡Cómo! Usted ya chochea, buen hombre. Oiría usted mal.

DON VICENTE.-Vaya, que también usted me echa unos requiebros... No oí sino muy bien. Su excelencia, mi amo, pensaba muy de otra manera. Cuando algún metomentodo le decía que los alquileres y arrendamientos de las fincas estaban muy bajos, respondía él con mucha calma, tomando así un polvo (Sacando una caja de rapé y tomando un polvo): «No quiero ser yo más rico haciendo que otros sean más pobres.»

TOMÁS.-Algún metomentodo de esos de que habla usted habrá aconsejado mal a su nuevo amo.

DON VICENTE.-Y ya me figuro yo quien habrá sido.

TOMÁS.-¿El señor Aguilar?

DON VICENTE.-El mismo que viste y calza.

TOMÁS.-¿Qué pájaro es ése?

DON VICENTE.-Es un pájaro que canta en la mano; un viejo verde, un calavera incorregible. En viajes y en vicios de todo género ha derrochado el bendito señor un caudal muy considerable, y aun dicen malas lenguas que se ha comido los bienes de su pupila. Viéndose ahora entrampado y lleno de deudas, quería pescar la herencia de mi amo con el achaque de ser pariente suyo. Un parentesco que no le alcanza un galgo.

Pero su excelencia, mi amo, solía decir, arreglándose así el cuello de la camisa: «Con mi dinero no hará tonterías ese tonto.»

TOMÁS.-¿Con que tiene deudas?

DON VICENTE.-Debe hasta el modo de andar.

TOMÁS.-Y entonces, ¿cómo vive tan bien? ¿Cómo gasta ese lujo?

DON VICENTE.-Pidiendo y no pagando, que es cosa muy cómoda.

TOMÁS.-Pero, ¿cómo halla quien le dé si no paga?

DON VICENTE.-Por eso mismo. En Madrid los tramposos tienen mucho crédito. De algún tiempo a esta parte bebe los vientos buscando un marido millonario para su pupila, porque la tal marquesita de Torregalindo es otra que bien baila. Para novio no le parece mal un don Federiquito

Vilches. teniente de Estado Mayor, buen mozo, pero pobre; para marido, quiere a todo trance un quídam con mucho dinero.

TOMÁS.-¡Ay don Vicente, y qué malicioso es usted!

DON VICENTE.-Lo que su excelencia, mi amo, solía decir, atusándose así el poco pelo que le había quedado: «Malicioso me llaman porque no me dejo engañar.» (Con sonrisa placentera.)

## Escena II

DICHOS y LEANDRO. Éste sale por la puerta de la izquierda.

LEANDRO.-¿Qué tengo yo mandado? (A DON VICENTE, con ira.)

DON VICENTE.-Ay, señor, ¿qué sé yo? ¡Tantas cosas tiene usted mandadas!...

LEANDRO.-¿Qué orden le di a usted esta mañana en el comedor?

DON VICENTE.-No recuerdo.

LEANDRO.-Si usted no recuerda nada... Si es usted un pazguato...

DON VICENTE.-Nunca me injurió así el difunto en treinta y cinco años, seis meses y veinte días que tuve el gusto de servirle; y una vez, sabedor de que yo había llamado bruto a un pinche de cocina, me dijo, dándome golpecitos en el hombro: «Vicente: injuriar a los iguales es malo, y mil veces peor injuriar a los inferiores.»

LEANDRO.-Ya estoy harto de oírle a usted referir las cosas que decía el difunto. ¿No mandé esta mañana que se atase al perro?

DON VICENTE.-Sí, señor, y el lacayo le ató delante de mí.

LEANDRO-Pues ¿cómo anda suelto?

TOMÁS.-Porque le he desatado yo.

LEANDRO.-Ah... Bueno: eso es distinto. (Disimulando su enojo.)

DON VICENTE.-¿Qué le parece a usted esta sala?

LEANDRO.-Pchs, regular.

DON VICENTE.-Pues sesenta y cinco mil reales han importado los muebles, las colgaduras y la alfombra. Aquí están las cuentas. (Enseñándole los papeles que antes le dieron el tapicero y el ebanista.)

LEANDRO.-Bien, páguelas usted. ¿Han traído ya el faisán?

DON VICENTE.-Ya han ido a buscarlo.

LEANDRO.-Enséñemelo usted cuando lo traigan. La comida será buena, ¿eh?

DON VICENTE.-Con probar un poco no más de cada plato, habrá para reventar de una indigestión.

LEANDRO.-¿Se han traído los vinos que le dije?

DON VICENTE.-Sí, señor: Burdeos, blanco y tinto; Borgoña, Oporto, Rin, Champagne...

LEANDRO.-Que no falte nada. Usted me responde de todo, y ¡cuidado conmigo!... ¿Qué hace usted ahí todavía? Váyase usted.

DON VICENTE.-(¡Es un déspota! ¡Es un tirano! ¡Ay, Jesús!; entre éste y aquél, ¡qué diferencia!) (Vase por la puerta del foro.)

## Escena III

TOMÁS y LEANDRO. LEANDRO se sienta a la derecha, dando la espalda a TOMÁS. Pausa.

TOMÁS.-¿Te enojas porque he dado suelta a Leal?

LEANDRO.-¿Pues no he de enojarme? (Levantándose.) Ahora se iba a tumbar en el sofá de ese otro salón. Todo lo ensucia, todo lo rompe.

TOMÁS.-Quiere seguir su antigua costumbre de estar siempre a tu lado. En cuanto le atan, da unos aullidos tan lastimeros que me parten el corazón. Ya sabes que Leal fue durante mucho tiempo mi solo camarada, y que le tengo afecto de amigo. No me avergüenzo de confesarlo. ¿Por qué no le he de querer, si él me quiere a mí? Y a ti también te quiere mucho el pobre animalejo, a pesar de que ahora le tratas tan mal. Seguro estoy de que dirá allá para sus adentros: «Pues señor, con la mudanza de fortuna de los señores no he salido yo ganancioso: antes era pobre, pero libre; ahora soy rico, pero esclavo.» Para los perros, como para los hombres, las riquezas no son tan estimables como la libertad.

LEANDRO.-Si no hiciera más que ensuciar y romper... Pero esto de ladrar y ponerse como una furia en cuanto ve al señor Aguilar...

TOMÁS.-¡Sus razones tendrá. para ello el animalito! Ese señor nos carga a Leal y a mí.

LEANDRO.-¡Te carga!... Acostúmbrate a hablar con finura. ¡Luego sueltas delante de gente unas expresiones!...

TOMÁS.-Ya procuro irme afinando, y hasta me he puesto futraque para darte gusto; que no es mala mortificación esto de verse uno con cola; pero la cabra siempre tira al monte.

LEANDRO.-¿Y por qué te carga un caballero a quien debo tantas atenciones?

TOMÁS.-Por eso mismo. No es natural que un señor tan encopetado esté a partir un piñón con el hijo de un zapatero.

LEANDRO.-Te he dicho que no hay necesidad de sacar a colación si mi padre fue un zapatero o no lo fue.

TOMÁS.-El señor Aguilar confiaba en heredar a su pariente, y no debe mirar con buenos ojos a quien le ha birlado la herencia.

LEANDRO.-No tienen tan ruines sentimientos las personas de cierta clase.

TOMÁS.-Antes decías que las personas de cierta clase eran vanidosas y egoístas, y qué sé yo cuántas cosas más.

LEANDRO.-Entonces era pobre, y los pobres piensan mal de los ricos porque los ciega la envidia y el rencor.

TOMÁS.-Antes decías que los pobres eran unas palomitas sin piel.

LEANDRO.-Mira: antes decía lo que estimaba oportuno y ahora digo lo que me da la gana.

TOMÁS.-¡Lo que te da la gana!... Pues tampoco ese modo de hablar es muy fino, que digamos. El maestro Ciruela, que no sabía leer y ponía escuela.

LEANDRO.-Si no te empeñases en sacarme de mis casillas...

TOMÁS.-Yo he de hablarte siempre con sinceridad. Ese hombre te está dando malos consejos.

LEANDRO.-¿De qué lo infieres?

TOMÁS.-Por consejo suyo quieres subir los alquileres de las casas y los arrendamientos de las tierras, y poner por justicia a los pobres que no pueden pagar.

LEANDRO.-¿Te lo ha dicho don Vicente, eh? Yo le aseguro...

TOMÁS.-Y a fe que tratas muy mal a ese anciano.

LEANDRO.-¡Si no hay paciencia para aguantarle! ¡Siempre recordando lo que decía el señor don Juan!

TOMÁS.-Bien hicieras tú en no olvidar lo que te encarga en su testamento. Que emplees bien el caudal que te lega; que te contentes con sacarle una ganancia moderada; que tengas caridad con los pobres...

LEANDRO.-Era un maniático.

TOMÁS.-Y aun por eso tuvo la manía de regalarte ocho millones.

LEANDRO.-Modérate. Bien sabes que soy poco sufrido. No parece sino que es alguna picardía querer arreglar la administración de mis bienes. Un capital que apenas produce un tres por ciento.

TOMÁS.-Así y todo, tienes una renta de doce mil duros, limpios de polvo y paja.

LEANDRO.-Y eso, ¿Qué es?

TOMÁS.-En toda tierra de castañas, doce mil duros son doce mil duros.

LEANDRO.-Otros tienen más.

TOMÁS.-Sí, y otros tienen menos.

LEANDRO.-Tú no has visto el mundo: tú ignoras cómo viven los ricos, Si hubieras estado, como yo, en el baile que dieron anoche los duques de Renedo... ¡Qué lujo aquél! ¡Qué magnificencia! Una escalera de mármol llena de luces y flores, y en cada tramo dos lacayos con libreas verdes y amarillas y pelucas blancas.

TOMÁS_¡Estarían preciosos!

LEANDRO.-Y luego, ¡qué buffet!

TOMÁS.-Bu... ¿qué?

LEANDRO.-La cena, hombre.

TOMÁS.-¡Ah, ya! ¡Como le ponen ustedes a las cosas unos nombres tan raros!...

LEANDRO.-El duque es la persona más notable de todo Madrid. Ya sabes

que hoy come conmigo. (Con júbilo.) Vergüenza me dará recibirle en esta casa.

TOMÁS.-¿Pues no te parecía un palacio?

LEANDRO.-Un palacio es comparada con nuestra guardilla; una guardilla comparada con el palacio del duque. Esta pieza no ha quedado muy mal. Pero, ¡qué!, si en Madrid no se encuentra nada. Ya se ha escrito a París encargando muebles dorados, espejos, bronces, arañas, carruajes...

TOMÁS.-Decías bien, Leandro; doce mil duros son muy poco.

LEANDRO.-Las cinco y media. (Mirando el reloj.) Me ofreció venir a las cinco. ¿Cómo tardará tanto? (Con mucha impaciencia.)

## Escena IV

DICHOS, DON VICENTE y un CRIADO.

LEANDRO.-¿El señor duque de Renedo, eh? (Al ver a DON VICENTE.) Que pase, que pase en seguida.

DON VICENTE.-Si no es el duque.

LEANDRO.-¿Pues quién es?

DON VICENTE.-El faisán. (Señalando a un criado, que aparecerá en este momento con una fuente, en que habrá un faisán en galantina, adornado con el cuello, la cabeza, las alas y la cola.)

TOMÁS.-¡Ja... ja... ja...! (Riendo.)

LEANDRO.-Podía usted haberle dicho antes.

DON VICENTE.-Si usted no me ha dejado hablar.

LEANDRO.-¡Silencio! Llega tú. (Al criado, que se acerca con la fuente en las manos. LEANDRO examina el faisán.)

TOMÁS.-¡Canario! ¿Está vivo? (Viendo al faisán y danda un respingo.) Leandro, ¿se comen vivos estos animaluchos?

LEANDRO.-No disparates. Está muerto y guisado.

TOMÁS.-Vamos, ya entiendo. Es que ahora se comen las plumas también. ¡Pícaro gusto!

LEANDRO.-No, hombre, no; eso no es más que un adorno.

TOMÁS.-Ya, ya... ¡Qué diablos de ocurrencia!

LEANDRO.-Está bien. Vete. (Vase el criado.) Creo que llaman. (A DON VICENTE.) Cuidado; que le haga usted mil cortesías y que le dé tratamiento de excelencia.

DON VICENTE.-¿A quién? ¿Al faisán?

LEANDRO.-Al duque, señor mío, al duque.

TOMÁS.-¡Ja... ja... ja...! (Riendo.)

DON VICENTE.-Como usted no se explica...

LEANDRO.-Como usted es un majadero... Que entre aquí, Pero, ¿no va usted?

DON VICENTE.-Ya Voy..., ya voy... Al que no está hecho a bragas... (Vase por la puerta del foro.)

Escena V

TOMÁS, LEANDRO, y después, DON VICENTE.

LEANDRO.-Mira lo que dices delante del duque: mira que no se te escape alguna sandez.

TOMÁS.-Maldita la necesidad que tengo de verle. Puesto que no he de comer hoy en la mesa...

LEANDRO.-El otro día me dijiste que no te gusta comer con personas de cumplimiento; y yo, por hacerte un favor, he mandado...

TOMÁS.-Has hecho muy bien.

DON VICENTE.-Señor... (Saliendo por la puerta del foro.)

LEANDRO.-¿No le he dicho a usted que pase en seguida? ¿Por qué no entra?

DON VICENTE.-Pero, ¿quién?

LEANDRO.-¿Quién ha de ser? El duque.

DON VICENTE.-¡Señor, por las once mil vírgenes, que no es el duque!

LEANDRO.-¡Ah!

DON VICENTE.-Es uno que dice que se llama Pablo Ortiz.

LEANDRO.-(Manifestando disgusto.) ¡Ortiz!

TOMÁS.-¿No te alegras de que haya venido?

LEANDRO.-El otro día le vi en la calle hecho un Adán,

TOMÁS.-Como que el pobre no ha heredado ocho millones.

LEANDRO.-Pero yendo con aquella facha y yo acompañado, bien pudo comprender que no debía saludarme.

TOMÁS.-¡Ay, Leandro; a verte el corazón, quizá no te hubiera conocido!

LEANDRO.-¡Tomás!

TOMÁS.-No te alteres, que es de mal tono.

LEANDRO.-¿Le ha dejado usted entrar?

DON VICENTE.-Sí, señor.

LEANDRO.-¡Qué torpeza! ¿No conoció usted por su traje que era un pobre?

DON VICENTE.-Pues por eso le abrí la puerta. Porque su excelencia, mi amo, dijo una vez, levantando así el dedo, que un rico podía cerrar a otro rico la puerta, pero que al pobre debía abrírsela siempre de par en par.

LEANDRO.-En canal le abriría yo a usted de mejor gana que lo digo.

DON VICENTE.-(¡Aprieta!)

LEANDRO.-Ya sabes que aguardo a ese caballero. Recibe tú a Pablo.

TOMÁS.-Corriente; ése no trae sucia más que la ropa. (¡Desdichada Gabriela!) (Vase por la puerta del foro.)

DON VICENTE.-El hábito no hace al monje, y por eso mi amo solía decir, estirando así el chaleco...

LEANDRO.-¡Vayase usted, porque si no!...

DON VICENTE.-¡Ay, Jesús!; entre éste y aquél, ¡qué diferencia! (Vase por la puerta del foro.)

Escena VI

LEANDRO.

Al fin y al cabo tendré que tarifar con Tomás. Se empeña en fiscalizar todas mis acciones, y esto no lo puedo consentir. ¡Qué ruin es! Aunque la

mona se vista de seda... Por culpa suya estoy continuamente con el alma en un hilo. Ese afán de recordar lo pasado... Cuando yo era pobre, podía tener cierto género de amistades. Ahora..., ¿qué remedio? Hay distintas esferas sociales. Cada uno debe vivir en la suya. Las seis menos cuarto (mirando al reloj), y no viene aún. Me enoja la tardanza. ¿Se habrá vestido bien Gabricia?... ¡Es tan corta de genio.... tan humilde..., tan poco aficionada a lucir!... Yo la quiero... Eso sí.... la quiero bastante... Será una buena esposa, pero... ¡Qué bien cantó anoche la marquesita de Torregalindo! ¡Qué traje llevaba tan precioso! Era la señora que llamaba más la atención en el baile. ¡Ya se ve..., conoce tanto mundo!... Para hacer los honores de una casa, no creo que haya mujer más a propósito... ¿Cómo no se habrá casado ya?... Es muy seductora. mucho. ¡Y conmigo está siempre tan fina!... ¡Su tutor me ha cobrado tal cariño!... ¡Casarse con una marquesa!... Si no hubiera dado a Gabriela palabra de casamiento... ¡Maldito compromiso!

Escena VII

LEANDRO y GABRIELA.

GABRIELA.-(Saliendo por la puerta de la izquierda.) ¿No ha venido aún ese caballero que ha de comer hoy con nosotros?

LEANDRO.-Aún no. Tal vez le haya ocurrido algo que hacer.

GABRIELA.-¡Ojalá no viniera!

LEANDRO.-Sí; vendrá ¿No ha de venir? ¡Pues! De los tres vestidos que te acabó ayer la modista has elegido el menos vistoso.

GABRIELA.-Es el que más me gusta.

LEANDRO.-Dime, Gabriela. ¿No te parece que Tomás no se encuentra a gusto a nuestro lado?

GABRIELA.-¿Quieres que te hable con franqueza?

LEANDRO.-Sí.

GABRIELA.-Pues lo que a mí me parece es que tú no te encuentras a gusto al lado de Tomás,

LEANDRO-Él Y tú os habéis propuesto llevarme siempre la contraria.
GABRIELA.-¡Mal genio vas echando desde que eres rico!
LEANDRO.-Tomás desea irse; y por bien suyo, es preciso que entre los dos le demos a entender poco a poco que no tomaríamos a mal que se fuese; que estoy pronto a regalarle cuatro mil..., diez mil reales.... para que con este dinero ponga un taller de ebanistería y se haga hombre. ¿Lloras? Ya te he dicho que esas pamemas no me divierten.
GABRIELA.-De algún tiempo a esta parte, raras son las veces que puedo oírte sin llorar.
LEANDRO.-(¡Si pudiera librarme de ella tan fácilmente!)
GABRIELA.-(¿Por qué me figuraría yo que le amaba?)

## Escena VIII

DICHOS y TOMÁS.
LEANDRO.-(Viendo salir a TOMÁS.) ¿Qué? ¿Ha venido ya el duque?
TOMÁS.-Anda, alma mía, anda; pregúntalo otra vez; duque otro poquito más. A todos nos tienes ya de duque hasta la punta de los pelos. No ha venido nadie; se ha ido Ortiz.
LEANDRO.-¿Qué quería?
TOMÁS.-Verte.
LEANDRO.-¿Nada más?
TOMÁS.-Nada más.
LEANDRO.-Milagro, porque los pobres sólo saben pedir.
TOMÁS.-Está peor, mucho peor: sus manos queman; sus ojos parecen de vidrio. Es bueno, y la muerte para los buenos tiene cara de pascua; pero si él muere, aquella viejecita baldada, que es su madre, se quedará a pedir limosna. Los médicos dicen que hallaría algún alivio tomando las aguas de Panticosa, unas aguas que están muy lejos. Para el viaje y para que su madre coma, durante su ausencia, necesitará unos dos mil reales. Él nada ha pedido, pero yo le he dicho que tú le adelantarás ese dinero.
LEANDRO.-¿Te burlas?
TOMÁS.-Pero, hombre, ¿qué has de hacer sino adelantárselos?

LEANDRO.-Dos mil reales. ¡Una limosna de dos mil reales!

TOMÁS.-Ya te los devolverá cuando pueda.

LEANDRO.-¿Y si no puede nunca?

TOMÁS.-Te los pagará Dios, que es el fiador de los pobres.

LEANDRO.-Déjame en paz. ¡Pues me ha hecho gracia la ocurrencia! ¡Dos mil reales! Como si fuera yo algún Creso. Cerca de la seis... (Mirando al reloj.) Ya no sé qué pensar. (Con gran impaciencia. Vase por la puerta de la derecha de segundo término.)

## Escena IX

TOMÁS y GABRIELA.

TOMÁS.-(¡Delante de ella!... ) ¿Ves lo que ha dicho? Pues no lo dudes: antes de quince minutos envía a Pablo ese dinero.

GABRIELA.-Sí, de fijo se lo enviará... (Haciéndose los dos violencia para fingir.) Opino como tú.

TOMÁS.-Ahora le ha dado por echarla de picarón; pero en el fondo es siempre el mismo. Créelo; te lo aseguro...

GABRIELA.-Sí, lo creo...

TOMÁS.-Toma, claro está. ¿Cómo no habías de creerlo...? ¡Vaya! Leandro tiene un corazón... de oro, como suele decirse. ¿Verdad que sí?

GABRIELA.-Sí..., con efecto... ¡Un corazón!

TOMÁS.-Echas la cabeza atrás para impedir que se viertan las lágrimas detenidas en tus párpados. Estás reventando por llorar.

GABRIELA.-No; te engañas. Como no sea que me haya caído algo a los ojos...

TOMÁS.-En los ojos no te ha caído nada. Dime si te ha caído algo en el corazón; dime si Leandro te ha dado alguna pena; dímelo. (Sin poderlo reprimir.)

GABRIELA.-¿A mí darme penas Leandro? No...; ni por pienso... ¿De dónde sacas?...

TOMÁS.-Sí... sí... es verdad (reprimiéndose), no sé lo que me pesco. ¿Darte él penas a ti? ¡Queriéndote como te quiere!... Soy un borrico.

¡Pues te querrá poco Leandro! Ahora hemos estado solos un rato aquí mismo y me ha puesto la cabeza... Dale con que eres un ángel...

GABRIELA.-(¡Qué mentir!)

TOMÁS.-¡Dale con que te adora!...

GABRIELA.-(¡Qué doble mentir!)

TOMÁS.-¡Vuelta con que no ve el instante de casarse contigo!

GABRIELA.-(¡Leandro mi esposo!...)

TOMÁS.-También yo deseo que se verifique pronto la boda, porque.... la verdad.... en cuanto os vea casados... pienso tomar las de Villadiego. Me hallo más a gusto con la chaqueta que con la levita; la holganza me cansa más que el trabajo.

GABRIELA.-Tomás, no me abandones.

TOMÁS.-Tú sentirás que me vaya. Bien lo conozco. Y también Leandro lo sentirá..., lo sentirá mucho. ¡Es tan buen amigo!... Yo, en cambio, soy un egoísta, y por satisfacer el antojo de vivir a mis anchas voy a darle un disgusto. Ya vendré a veros alguna vez... Cuando estéis solos... Cuando no haya visitas... Un artesano haría muy triste figura entre personas de calidad... Dime cuando te vea que eres feliz, y yo, te lo juro, yo lo seré también.

GABRIELA.-Pero vamos a ver: tú, ¿por qué no te casas? Tomás.-¡Toma!, porque me falta lo principal.

GABRIELA.-¿Qué te falta?

TOMÁS.-La novia.

GABRIELA.-Cuando me dijiste que Leandro me quería, dijo él que tú también estabas enamorado.

TOMÁS.-Sí; por broma; por hacerme rabiar.

GABRIELA.-Tú no quisiste confesar entonces quién era ella.

TOMÁS.-¿No oyes que Leandro se chanceaba?

GABRIELA.-Leandro, a quien se lo he preguntado después, me ha respondido que era la hija del portero de la otra casa, la jorobadita.

TOMÁS.-¿Sí?

GABRIELA.-¿Y sabes lo que digo?

TOMÁS.-¿Qué?

GABRIELA.-Que no lo creo.

TOMÁS.-¿Pues sabes lo que digo yo?

GABRIELA.-¿Qué?

TOMÁS.-Que haces muy bien.

GABRIELA.-Pero ello es lo cierto que tú le aseguraste a Leandro que sentías amor; que lo sentías por la... ¿Eh? (Remedando a una jorobada.) Ya me entiendes.

TOMÁS.-Le engañé como a un chino.

GABRIELA.-En lo segundo, si; en lo primero me parece que no.

TOMÁS.-En lo primero, y en lo segundo, y en todo.

GABRIELA.-Alza los pies.

TOMÁS.-¿Para qué?

GABRIELA.-Para que pase la bola.

TOMÁS.-¿Te empeñas en creer que miento?

GABRIELA.-¡Qué disparate! Me empeño en creer que no dices verdad.

TOMÁS.-Muchas gracias.

GABRIELA.-¿Por qué se lo callaste a Leandro? ¿Por qué me lo callas a mí?

TOMÁS.-Repito que no hay tales carneros.

GABRIELA.-Ya comprendo la causa. Te dará vergüenza confesarlo, porque te habrás enamorado de una mala mujer.

TOMÁS.-¡Eso sí que no! (Con mucho calor, irreflexiva y espontáneamente.) En todo el mundo hay mujer más...

GABRIELA.-¡Hola, hola! (Riéndose.)

TOMÁS.-¡Tonto de mí!

GABRIELA.-¿Lo ves? Es más fácil engañar a un chino que a una china.

TOMÁS.-Pues bien, sí; estoy enamorado de una muchacha más linda que una flor y más buena que el pan; pero no como yo veo que se enamoran algunos, sino de otro modo muy diferente. Ni a mirarla me atrevo. Tentaciones me dan a veces-perdónemelo Dios-de encomendarme a ella como a una santa. La quiero contra mi voluntad; preferiría que me odiase a que me quisiera. No me preguntes quién es, porque a nadie puedo decírselo, a nadie. Si mi madre viviera, ni a mi madre se lo diría. (Óyese ladrar

fuertemente al perro.) ¡Santa Bárbara! De fijo está ahí Aguilar. ¡Bueno se va a poner Leandro! ¡Pícaro Leal! ¡Aquí, Leal, aquí! (Vase corriendo por la puerta del foro.)

## Escena X

GABRIELA y LEANDRO.

GABRIELA.-¿Qué mujer será la que ha merecido su cariño? ¿Seré yo? (Muy turbada.)

LEANDRO.-¡Maldito sea el perro y su amo! (Saliendo por la puerta de la derecha. El perro sigue ladrando.)

GABRIELA.-¿A quién maldices? (Con enérgica indignación.) No; no soy yo. ¡Una mujer que amó a éste no puede ser amada por aquél! (Vase por la puerta de la izquierda.)

## Escena XI

LEANDRO; después, AGUILAR y TOMÁS.

LEANDRO.-Contento quedará el duque del recibimiento, que se le hace en mi casa. Ya está aquí... (Como disponiéndose a recibir al duque.)

AGUILAR.-Francamente, ese perro me asusta.

LEANDRO.-(No es él.)

TOMÁS.-Ladra, pero no muerde.

LEANDRO.-Mil perdones, amigo mío.

AGUILAR.-Dígole a usted que es gusto tener una fiera dentro de casa.

LEANDRO.-(Bajo, a TOMÁS, en tono de reconvención.) (¿Lo estás viendo?)

TOMÁS.-(¡Por vida de Leal!)

LEANDRO.-¿Sabe usted que el duque no ha venido aún?

AGUILAR.-Por eso vengo yo. (Tenemos que hablar.) (Bajo, a LEANDRO.)

TOMÁS.-(¡Secretitos!)

LEANDRO.-¿Le ha visto usted?

AGUILAR.-Me ha escrito.

LEANDRO.-¿Y qué?

AGUILAR.-Que no vendrá.

TOMÁS.-¡Toma! ¿Ahora salimos con eso?

LEANDRO.-Calla. (A TOMÁS.) ¿Por qué motivo? (A AGUILAR.)

AGUILAR.-(Haga usted que se vaya Tomás)

TOMÁS.-(¡Y el faisán que estaba allí, tan serio, esperándole!)

LEANDRO.-Di que preparen la comida para dentro de media hora.

TOMÁS.-(Se quieren quedar solos.)

LEANDRO.-¿No oyes?

TOMÁS.-Sí... Diré a tu prima que está aquí este caballero.

AGUILAR.-No, no la moleste usted. Yo pasaré a su habitación.

LEANDRO.-Pero, ¿no vas?

TOMÁS.-Ya voy. (¿Qué traerán entre manos estos dos angelitos?) (Vase por la puerta de la derecha de primer término.)

## Escena XII

LEANDRO y AGUILAR

LEANDRO.-Ya estamos solos. ¿Por qué no viene el duque?

AGUILAR.-No debo ocultárselo a usted. Esta es la carta que me ha enviado poco ha. (Dando a LEANDRO una carta.) ¡Estoy furioso!

LEANDRO.-«Mi querido Aguilar (Leyendo la carta.): Por recomendación de usted he recibido en mi casa al señor Jiménez, y le ofrecí anoche comer hoy en la suya, Casualmente acabo de saber que su padre calzaba a mi ayuda de cámara. Tenga usted la bondad de disculparme con su recomendado según le parezca mejor. Suyo afectísimo... «¡Qué vergüenza! ¡Qué rabia!

AGUILAR.-¡Es un gran señor del siglo pasado!

LEANDRO.-No siento el desaire por mí; lo siento por usted.

AGUILAR.-¡Oh! Yo haré entender a ese caballero... (Paseándose rápidamente a lo ancho de la escena.) Se me enciende la sangre cuando veo a personas que no tienen mérito alguno propio darse tono con hombres como

usted. La verdadera nobleza no está en los pergaminos; está aquí, aquí. (Dándose golpes en el pecho.)

LEANDRO.-Es inútil luchar con las preocupaciones sociales. Yo salgo mañana de Madrid, y me voy al último rincón del mundo.

AGUILAR.-No faltaba más. El duque es una excepción de la regla. Adonde quiera que usted vaya será bien recibido. Y si no fuera por Gabrielita, yo le aconsejaría a usted una cosa.

LEANDRO.-¿Cuál?

AGUILAR.-Que procurase usted emparentar con la nobleza por medio de un casamiento.

LEANDRO.-¿Y eso sería posible?

AGUILAR.-Así se quitaba usted de ruidos, tomando de pronto en la sociedad el puesto que le corresponde.

LEANDRO.-Pero...

AGUILAR.-Así podría usted tratar como a igual a ese altivo duque, y devolverle tal vez un día el desaire que le acaba de hacer.

LEANDRO.-Por conseguir eso diera parte de mi vida.

AGUILAR.-¿De veras? Pues desde hoy mismo empiezo a buscarle a usted una novia que le convenga.

LEANDRO.-¿Querría una señora ilustre darme su mano?...

AGUILAR.-¡Seguramente!

LEANDRO.-¿A que no?

AGUILAR.-¿A que sí?

LEANDRO.-Una prueba.

AGUILAR.-Veamos.

LEANDRO.-¿Qué haría usted si yo le pidiera la mano de su sobrina?

AGUILAR.-¡Ay qué suposición tan graciosa! ¡Ja, ja, ja! (Tragó el anzuelo.)

LEANDRO.-Respóndame usted.

AGUILAR.-No sé qué responder. ¡Me coge usted tan de nuevas!

LEANDRO.-Diga usted que me tiene en menos. Ya lo sabía yo.

AGUILAR.-Usted no me conoce. Usted ignora cuánto le estimo. Nunca olvidaré que usted salvó la vida a mi pariente, el señor don Juan, un

pariente a quien quería yo con delirio. Pero, ¿habla usted con formalidad?

LEANDRO.-Con toda formalidad.

AGUILAR.-¿Quién había de imaginarse?... Lo pensaré.. Un tutor debe pensar mucho estas cosas.

LEANDRO.-Comprendo... Una negativa cortés.

AGUILAR.-No, señor, no hay tal negativa.

LEANDRO.-¿Teme usted que ella se niegue?...

AGUILAR.-Lo que es en cuanto a eso, he creído notar...

LEANDRO.-¿Qué?

AGUILAR.-Que no le mira a usted con malos ojos.

LEANDRO.-¿Será tan grande mi ventura?... Resuélvase usted: una palabra.

AGUILAR.-¡Qué carácter tan impetuoso!... Pues, señor, corriente: se casará usted con mi sobrina.

LEANDRO.-¡Oh! ¡Gracias, gracias! No sabe usted el bien que me hace. Y dígame usted: ¿la boda se verificará pronto?...

AGUILAR.-Sí; dentro de unos dos o tres años.

LEANDRO.-¿Cómo?

AGUILAR.-Le confesaré a usted aquí, en confianza, que de algún tiempo a esta parte, por desgracias que contaré a usted despacio, he perdido casi todo mi patrimonio. En uno de mis apuros tuve que echar mano de los bienes de mi pupila, y hasta que logre reunir algún dinero...

LEANDRO.-¿Qué caudal es el de la marquesa?

AGUILAR.-Cosa corta: unos dos millones y pico.

LEANDRO.-La boda puede verificarse en seguida. Yo daré por recibidos los bienes de mi esposa.

AGUILAR.-¿Qué me propone usted?

LEANDRO.-Nadie se enteraría...

AGUILAR.-¡Usted me ofende! ¡Yo soy un caballero!

LEANDRO.-¡Pero si no se trata más que de una demora!

AGUILAR.-¿Una demora? Explíquese usted.

LEANDRO.-Ahora, en los documentos oficiales, se hará constar que yo recibo ese caudal; y cuando usted pueda buenamente, me lo entregará por

bajo de cuerda.

AGUILAR.-¿Con que se lo entregaré a usted cuando pueda buenamente?

LEANDRO.-Sí. señor.

AGUILAR.-Eso tiene otro ver...

LEANDRO.-Consiente usted, ¿no es cierto?

AGUILAR.-Porque no diga usted que soy testarudo.

LEANDRO.-¡Qué felicidad la mía!... ¡Señor Aguilar!... (Queriendo estrecharle la mano.)

AGUILAR.-Llámeme usted tío, y venga un abrazo. (Se abrazan.)

LEANDRO.-¡Con. mil amores!

AGUILAR.-Saludaré a su prima de usted por el bien parecer.

LEANDRO.-Vamos allá.

AGUILAR.-(¡Salí de apuros!)

LEANDRO.-(Dos millones me cuesta. No importa. ¡Seré marqués!) (Vanse por la puerta de la izquierda. A poco oyese ladrar al perro.)

## ESCENA XIII

TOMÁS, que sale de detrás de las colgaduras de la puerta de la derecha de primer término, pálido y desencajado.

¡Qué par de bribones! ¿Cuál será más bribón de los dos? No estoy en mí; no sé qué me sucede. No; si no puede ser. Me habré dormido detrás de las cortinas; habré soñado... Todo es más creíble que la maldad de ese tunante. ¡Abandonar a Gabriela! ¡Casarse con otra! ¿Y qué será de la infeliz? ¡No ha de salirse con la suya! ¿Para qué estoy yo aquí? Le hablaré, y si no me hace caso... ¡Líbrele Dios de no hacerme caso! ¡Digo, el que se pasaba la vida echando sermones contra los ricos! ¡El que quería arreglar el mundo! Todos los vicios que censuraba en los demás, todos los tiene él aumentados en tercio y quinto. (Óyese ruido de gente que corre.) Es malo y-claro está-fue malo como pobre, y como rico es malo también.

## Escena XIV

TOMÁS y GABRIELA.

GABRIELA.-Corre, Tomás, corre. (Saliendo precipitadamente y muy asustada por la puerta de la izquierda.) Le quieren matar.

TOMÁS.-¡Matar! ¿A quién?

GABRIELA.-Al perro.

TOMÁS.-¡Matar a Leal! (Óyense quejidos del perro.)

GABRIELA.-Se ha tirado al señor Aguilar, y le ha rasgado el pantalón.

TOMÁS.-¿El pantalón no más?

GABRIELA.-Hacia el comedor van corriendo tras él.

TOMÁS.-¡Ay del que se atreva a tocarle! (Vase corriendo por el foro izquierda.)

## Escena XV

GABRIELA; a poco, LEANDRO y AGUILAR; después, TOMÁS, DON VICENTE y dos lacayos. GABRIELA.-Matadle en seguida, matadle, decía Leandro a los criados (Con expresión de terror.); matadle o mato yo a uno. ¡Y cómo lo decía!... ¡Echando fuego por los ojos, trémulo de rabia!... Ese hombre me da miedo... ¿Quién me librará de ese hombre?

LEANDRO.-(Saliendo por la puerta de la izquierda. AGUILAR viene apoyado en su brazo, y trae roto el pantalón.) Serénese usted.

AGUILAR.-¡Qué horror! Creí que me hacía pedazos.

LEANDRO.-(Con saña.) Ya habrá llevado su merecido.

DON VICENTE.-(Dentro.) ¡Favor! ¡Socorro! ¡Socorro!

TOMÁS.-(Dentro.) ¡No huyáis, cobardes! (Salen corriendo dos lacayos por la puerta del foro. Al llegar a ella DON VICENTE, le alcanza TOMÁS y le ase por el pescuezo.)

DON VICENTE.-¡Que me ahoga! ¡Favor!

TOMÁS.-Te ahogaré, te mataré.

DON VICENTE.-Yo no he sido; al contrario. Su excelencia, mi amo, decía que el que hace daño a los animales...

TOMÁS.-(Soltando a DON VICENTE y dirigiéndose a los lacayos, que corren a ponerse detrás de LEANDRO.) ¿Han sido aquéllos?

LEANDRO.-(Con tono imperioso y severo.) ¡Tomás!

AGUILAR.-(¡No me llega la camisa al cuerpo!)

GABRIELA.-¿Le han hecho algo?

TOMÁS.-Le han atravesado con un estoque de bastón, ¡Han matado a leal! (Con rabia.) Allí está el animalito caído en el suelo y respirando por la herida...:¡Mi perro! ¡Mi Leal! (Con acento de desesperación.)

LEANDRO.-Modérate; hay gente delante.

TOMÁS.-¿Y qué me importa a mí la gente? ¡Malvados!... (A los lacayos, dirigiéndose a ellos otra vez.)

LEANDRO.-(Deteniéndole.) ¡Basta!

GABRIELA.-¡Sosiégate!... ¡Escucha!...

TOMÁS.-(Encarándose con AGUILAR.) Ya sabía Leal por qué le enseñaba a usted los dientes.

LEANDRO.- (Interponiéndose.) Mira lo que dices.

TOMÁS.-¡Bien mirado lo tengo! ¡Aparta!

GABRIELA.-¡Por piedad!

TOMÁS.-(A los lacayos.) ¿Os ha mandado alguien que le matéis? ¿Os lo ha mandado este viejo?

AGUILAR.-(Con susto, retrocediendo.) ¡Canario!...

LEANDRO.-Se lo he mandado yo.

TOMÁS.-¡Tú!... ¡Tú!... ¡Sí! ¿Qué mucho que mates a un perro? De mayor hazaña eres capaz. Muere tú. (Cogiendo una silla y levantándola en alto con ambas manos.)

GABRIELA, AGUILAR y DON VICENTE.-(Dando un grito. GABRIELA detiene a TOMÁS, que al verla deja la silla y baja la cabeza.) ¡Oh!

AGUILAR.-(Con susto y ansiedad.) Vámonos de aquí.

LEANDRO.-Sí, dejémosle por loco. (Dirígense hacia el foro LEANDRO, AGUILAR, DON VICENTE y los lacayos.)

GABRIELA.-(Con energía.) ¡Es un infame, Tomás!

TOMÁS.-(Levantando la cabeza y con mucha fuerza de expresión.) ¡Gabriela, es un infame!



Librodot

**FIN DEL ACTO SEGUNDO**

# Acto tercero

*La misma decoración del acto anterior.*

## *Escena primera*

GABRIELA y DON VICENTE.

GABRIELA.-¿Ha vuelto ya?

DON VICENTE.-Todavía no, y son ya las ocho menos cuarto. Quizá se haya quedado a comer con el señor Aguilar. Hoy es lunes y los lunes comen allí varios amigos, entre otros, don Federico Vilches, mozo de quien gusta mucho hace ya tiempo la marquesita, pero con el cual no quiere casarse por razones de peso. Con que me parece que usted y el señorito deberían tomar un bocado. Cuando su excelencia, mi amo, estaba de mal humor, solía decir, al sentarse a la mesa, restregándose así las manos: «Ea, vamos a comer, que tripas llevan corazón.»

GABRIELA.-Gracias; no tengo apetito. ¿Qué hace Tomás?

DON VICENTE.-Está en su cuarto, con los codos apoyados en una mesa y la cabeza entre las manos. Desde la puerta le he estado viendo, y él ni siquiera me ha sentido. De cuando en cuando suspira, y unas veces dice: «¡Leal!» (En tono de aflicción.) ¡Como quería tanto al perro! Y otras dice: «¡Leandro!» (En tono de cólera.) ¡Como le han hecho esa perrada!

GABRIELA.-¡Pobre Tomás!

DON VICENTE.-Pues también él ha dicho: «¡Pobre Gabriela!»

GABRIELA.-¿Sí?

DON VICENTE.-Sí, señora; y al decirlo, empezó a dar unos resoplidos tan fuertes que yo me asusté y le pregunté si quería algo.

GABRIELA.-(No; Leandro no me ama. ¡Qué vanidoso es! ¡Qué malo es!

Dios mío, si me caso con él, ¿qué va a ser de mí?)

DON VICENTE.-(Contemplándola.) (Habla sola.)

GABRIELA.-(No veía más que a ese hombre cuando mi corazón empezaba a sentir; amparó mi orfandad; creí que le amaba. Sí, alguna disculpa merezco; pero cuando pienso que he creído amarle, siento una rabia tan grande contra mí misma...)

DON VICENTE.-(Parece que se enoja.)

GABRIELA.-(¿Qué haré para evitar este casamiento? Le diré la verdad. Me apartaré de su lado... ¡Si fuera yo la mujer a quien quiere Tomás!... ¡No lo permita Dios! Padecería aún más de lo que ahora padezco: no me consolaría nunca de haber tenido tan cerca la dicha sin reparar en ella. ¡Dichosa la mujer a quien ame un hombre tan bueno!)

DON VICENTE.-Ahí está, señorita.

GABRIELA.-(Con alegría.) ¿TOMÁS?

DON VICENTE.-No: don Leandro.

GABRIELA.-(Enjugándose las lágrimas.) ¡Oh!

DON VICENTE.-(¡Qué cara de vinagre!)

## Escena II

DICHOS y LEANDRO.

LEANDRO.-Dentro de un rato vendrá por mí en su coche el señor Aguilar. En cuanto suba el lacayo, avíseme usted.

DON VICENTE.-Bien está, señor. (LEANDRO le despide con un ademán.) Me voy corriendo. No deseaba yo otra cosa. (Vase por la puerta del foro.)

## Escena III

GABRIELA y LEANDRO.

LEANDRO.-Espera: tenemos que hablar.

GABRIELA.-Di.

LEANDRO.-Ya lo has visto.

GABRIELA.-¿Qué?

LEANDRO.-Que Tomás no puede seguir viviendo en mi compañía.

GABRIELA.-¿Por qué?

LEANDRO.-¿Por qué, preguntas? Yo no puedo tolerar que haya en mi casa estos escándalos.

GABRIELA.-Advierte...

LEANDRO.-Es preciso que Tomás se marche de aquí.

GABRIELA.-¿Vas a despedir a tu bienhechor como se despide a un criado?

LEANDRO.-Le pagaré lo que le debo.

GABRIELA.-Te dio su corazón; no le puedes pagar.

LEANDRO.-Gabriela, mide tus palabras.

GABRIELA.-Si al fin llega a convencerse de que le odias y le desprecias, ¡qué golpe recibirá el desdichado! Vuelve en ti. No arrojes de tu casa al amigo que te acogió en la suya. Sé agradecido. ¿A quién habrá amado este hombre? Todo el mundo ama a sus padres. Querrías a los tuyos, ¿verdad? Pues bien; te lo pido por la memoria de tus padres.

LEANDRO.-De seguir viviendo juntos los dos, pudieran sobrevenir graves males, que debo evitar.

GABRIELA.-Tomás se irá, no lo dudes; aguarda a que te deje por su voluntad.

LEANDRO.-Por su voluntad no me dejará nunca. Se ha de ir en seguida. Si yo se lo digo tendremos nuevo escándalo; díselo tú.

GABRIELA.-¿Yo?

LEANDRO.-Créeme y haz lo que te encargo.

GABRIELA.-Me encargas una infamia.

LEANDRO.-Estás abusando de mi paciencia.

GABRIELA.-¿De qué no has abusado tú?

LEANDRO.-Díselo, Gabriela.

GABRIELA.-No.

LEANDRO.-¿No?

GABRIELA.-¿Te has vuelto sordo? No.

LEANDRO.-Es que yo quiero que se lo digas.

GABRIELA.-Es que yo no se lo quiero decir.

LEANDRO.-Corriente; serás responsable de lo que suceda. Se lo diré yo. (Dirigiéndose a la puerta de la derecha de primer término.)

GABRIELA.-(Poniéndose delante.) ¡Leandro!

LEANDRO.-¿Está en su cuarto? Déjame. (Asiéndole una mano para apartarla.)

GABRIELA.-No; no has de verle...

LEANDRO.-¿Que no?

GABRIELA.-Piénsalo siquiera esta noche.

LEANDRO.-¡Aparta!

GABRIELA.-No seas infame, Leandro.

LEANDRO.-Aparta, digo. (Oprimiéndole la mano con violento furor.)

GABRIELA.-¡Ay! (Dando un grito.)

LEANDRO.-¿Qué? ¡Te he lastimado? (Muy confuso y avergonzado.) Tal vez sin pensar...

## Escena IV

DICHOS y DON VICENTE.

DON VICENTE.-¿Qué es eso, señorita?... ¿Por qué ha gritado usted? (Mirando alternativamente a GABRIELA y LEANDRO.)

GABRIELA.-No..., no es nada.

DON VICENTE.-¿Por qué se mira usted esa mano?

GABRIELA.-Por nada.... don Vicente..., por nada.

DON VICENTE.-Dijo un día su excelencia, mi amo, dando así una patada en el suelo: «No es hombre el que maltrata a una mujer.»

LEANDRO.-¿A qué ha venido usted aquí? Ya estoy harto de usted.

DON VICENTE.-Y yo de usted.

LEANDRO.-¡Don Vicente! Fuera de mi casa mañana mismo.

DON VICENTE.-¿Mañana? No señor; esta noche. en cuanto haga el hatillo; y antes me hubiera marchado si no me diera tanta pena salir de una casa donde han corrido treinta y cinco años de mi vida, y donde quería morir como su excelencia, mi amo. Con la manda que él me dejó tengo yo más

que suficiente para pasarlo hecho un patriarca; y lo que su excelencia, mi amo, dijo, poniéndose así colorado de rabia, una vez que se enfadó con un señor muy tonto y muy presumido y muy insolente: «¡Caramba con el hombre, que no se le puede aguantar!»

LEANDRO.-!Si no mirase que tiene usted canas!... (Dirigiéndose a la puerta de la derecha de primer término.)

GABRIELA.-Retírate, Leandro. Yo hablaré a Tomás.

LEANDRO.-¿De veras?

GABRIELA.-Sí; te lo prometo.

LEANDRO.-Es lo mejor. (Vase por la puerta de la derecha de segundo término, que cierra.)

## Escena V

GABRIELA y DON VICENTE.

DON VICENTE.-¡Habrase visto el arrapiezo! ¡Pues ni que uno fuera otro Job! Liaré el petate, y... (Dirigiéndose hacia el foro.)

GABRIELA.-¡Don Vicente! (Llamándole.)

DON VICENTE.-Señorita.

GABRIELA.-¿De fijo se va usted a marchar?

DON VICENTE.-¡No que no! Por la posta.

GABRIELA.-¿Dónde dormirá usted esta noche?

DON VICENTE.-Ahí, más abajo; en una casa de huéspedes. El ama es paisana y amiga mía. Mujer muy limpia y honrada a carta cabal.

GABRIELA.-Hágame usted un favor, don Vicente.

DON VICENTE.-Con alma y vida.

GABRIELA.-Lléveme usted a esa casa.

DON VICENTE.-¿También usted se quiere ir?

GABRIELA.-Sí, señor.

DON VICENTE.-¡Ánimas benditas! ¡Me deja usted con la boca abierta!

GABRIELA.-Mi resolución es irrevocable. Sé coser y bordar Tengo tiendas conocidas donde me darán trabajo. Trabajaré. Dios me abrirá camino.

DON VICENTE.-La verdad es que a usted no le convenía casarse con ese caballerito. Y más vale comer patatas con sosiego, que trufas rabiando. También esto se lo oí decir a mi amo en cierta ocasión. Pero antes debe usted pensar...

GABRIELA.-Me iré sola si usted no me acompaña.

DON VICENTE.-Eso no, y todo cuanto yo tengo es de usted Lo que más me duele es verme solo en el mundo al cabo de mis años. ¡Ojalá pudiera servirle a usted de padre!

GABRIELA.-Gracias, don Vicente, gracias.

## Escena VI

DICHOS y TOMÁS.

TOMÁS.-¿No estaba aquí Leandro contigo?

DON VICENTE.-Aquí estaba ese Fierabrás.

TOMÁS.-Ya le tengo a usted prevenido que delante de mi...

DON VICENTE.-Sí, defienda usted a quien es capaz de maltratar a la señorita.

TOMÁS.-¡Eh ¿Qué quiere usted decir?

GABRIELA.-¡Don Vicente, por Dios!...

TOMÁS.-¿Qué ha hecho Leandro?

GABRIELA.-Me tenía cogída una mano; apretó sin querer...

TOMÁS.-¡Villano!

DON VICENTE.-¡Oiga! ¿Con que ya estamos de acuerdo? Me alegro mucho.

TOMÁS.-¿Dónde se oculta?

GABRIELA.-Óyeme. Es Preciso que salgas al punto de esta casa.

TOMÁS.-¿Te ha encargado que me eches?

DON VICENTE.-Está visto que el hombre se quiere quedar solo.

GABRIELA.-Vete, por favor.

TOMÁS.-Me iré cuando le haya hablado. Aún no sabes... Si los dos tenemos mucho que hablar. ¡Leandro! (Llamándole.) Ha cerrado la puerta. (Empujando la puerta de la derecha de segundo término.)

GABRIELA.-¿También tú desoyes mis súplicas?

TOMÁS.-Nada temas. ¡Leandro! (Dando golpes en la puerta.)

DON VICENTE.-(Si éste me le diera un buen susto...

TOMÁS.-¿No quieres verme? ¿Es por miedo o vergüenza?

## Escena VII

DICHOS y LEANDRO.

LEANDRO.-Menos ruido. Aquí estoy.

TOMÁS.-Déjanos.

GABRIELA.-¡Dios mío! ¡Dios mío! (Yéndose por la puerta de la izquierda.)

DON VICENTE.-¡Ay, Jesús! Entre éste y aquél, ¡qué diferencia! (Yéndose por la puerta del foro.)

## Escena VIII

LEANDRO y TOMÁS.

TOMÁS.-No era regular que dos amigos de toda la vida, como nosotros, al ir a echar cada cual por camino distinto, ni siquiera se dijesen adiós. Siéntate. (Acercándole una silla.)

LEANDRO.-Me encuentro bien.

TOMÁS.-(Con tono imperioso.) Siéntate.

LEANDRO.-Como gustes. (Se sienta.)

TOMÁS,-¿Quieres? (Sentándose a horcajadas en una silla y sacando de la petaca un cigarro de papel.)

LEANDRO.-No; gracias.

TOMÁS.-Mal hecho. ¿No conoces la copla del marinerito y el soldado? (Meciéndose a compás en la silla mientras canta esta copla.)

El marinerito y el soldado
se suelen a veces enfadar,
pero de los dos cesa el enfado
luego que se ponen a fumar.

LEANDRO.-¿Te burlas?

TOMÁS.-¿Burlarme yo de ti? Ni por pienso. (Encendiendo un fósforo, y en él el cigarro.) Con que vamos a ver: ¿qué te parece a ti de este mundo? Está muy mal arreglado, ¿eh? Pero a bien que tú vas ya arreglándole poco a poco.

LEANDRO.-Se conoce que tienes gana de broma.

TOMÁS.-Ya los pobres hallan amparo; respeto los humildes.

LEANDRO.-¿Qué Más?

TOMÁS.-Ya es cosa probada que el tener dinero no da derecho para tener soberbia y mal corazón.

LEANDRO.-¡Tomás!

TOMÁS.-Ya gracias a Dios, hay un rico bueno que sepa cumplir con su deber. Uno solo, es verdad.. Sólo uno, sí, señor. Todos los ricos son pícaros desalmados: todos menos éste, que es una alhaja. (Poniéndole una mano en el hombro.)

LEANDRO.-¡Basta' (Levantándose.)

TOMÁS.-¿Qué ha de bastar, si ahora empiezo a insultarte? (Levantándose también.) Tú, que ambicionabas riquezas para dar una lección a los ricos, mira allí (señalando al retrato.), y delante de aquél tápate la cara abochornado. Tú, que llamabas a los ricos egoístas y vanidosos, ¡tú sí que eres vanidoso y egoísta! Como a esclavo tratas a todo el que depende de ti; exprimes el jugo al que tiene poco para tener tú más; niegas al pobre la limosna que necesitaba para alargar su vida; te avergüenzas del amigo que te dio su pan cuando sentías hambre, te avergüenzas de la mujer que te amó cuando únicamente miseria podías ofrecerle; te avergüenzas del padre que te engendró. No puede hacer cosa buena quien se avergüenza de su padre.

LEANDRO.-Calla. no prosigas.

TOMÁS.-Pero, en cambio, pidamos coches y muebles dorados a París; en cambio, hagamos asunto principal de la vida sentar a un duque a nuestra mesa; casémonos, en cambio, con una mujer a quien no quiero, que no me quiere, que tal vez quiera a otro. ¿Qué importa? Aquí no se trata de amor:



Librodot

se trata de un negocio. Yo tengo dinero, ella un título. Pues señor, trato hecho; venga el título y ahí van los cuartos.

LEANDRO.-¿Por dónde sabes que me voy a casar con la marquesa? ¿Por dónde lo sabes?

TOMÁS.-Lo sé porque oí tu conversación con el señor Aguilar, oculto detrás de aquella colgadura.

LEANDRO.-¡Qué acción tan ruin! ¡Qué villanía!

TOMÁS.-Sí, hombre, sí; asústate, que tú debes asustarte de las malas acciones.

LEANDRO.-Me odias; te aborrezco. Los hombres no han de insultarse como mujeres; estoy a tu disposición.

TOMÁS.-¿Qué es eso? ¿Me desafías? ¡Tonto! Un millonario, un marqués en ciernes, no puede reñir con un menestral. Lo que sí puede suceder es que el menestral pierda los estribos y rompa la crisma de un puñetazo al senor marqués. Leandro, pase todo lo que has hecho, todo lo que intentas hacer; todo, menos que abandones a Gabriela. Habéis vivido juntos; es público que os habéis amado; si tú ahora no te casas con ella, quedará deshonrada a los ojos de cuantos no tengan, como yo, pruebas seguras de su virtud. Gabriela te ama; Gabriela es un ángel que aún te puede salvar. Leandro, ¡por el cariño que te tuve! ¡Por el que te profeso aún! Sí; todavía te quiero como se quiere a un mal hermano Te perdono que hayas matado a Leal; te perdono que me desprecies. Ahora mismo saldré de esta casa; no nos volveremos a ver, a no ser que algún día necesites de mí, que entonces me tendrás a tu lado, dispuesto a darte lo que me pidas; hasta la sangre de mis venas. Pero cásate con esa infeliz. Cásate con ella y-¿qué más?-te daré un abrazo de despedida. (Abrazándole.)

LEANDRO.-Lo siento, pero ya lo sabes, Tomás; estoy comprometido formalmente con la marquesa.

TOMÁS.-¿Y con Gabriela no?

LEANDRO.-La verdad: no la amo.

TOMÁS.-¿Y a la otra sí? Di que tú no eres capaz de amar. ¿Por qué te pusiste entre ella y yo? ¡Yo sí que la amaba! ¡Yo sí que la hubiera hecho feliz!

LEANDRO.-¿Amas a Gabriela?

TOMÁS.-¡Con todo mi corazón, con toda mi alma!

LEANDRO.-¡Qué dicha! Todo puede arreglarse.

TOMÁS.-¿Cómo?

LEANDRO.-Cásate con ella.

TOMÁS.-Pero ¿no sabes que ella a mí no me tiene amor?

LEANDRO.-Yo la dotaré: os daré dinero, mucho dinero.

TOMÁS.-¡Qué iniquidad! ¿Quieres comprar un marido para Gabriela? ¿Quieres dársela a un canalla? Sí; únicamente los canallas se dejan comprar.

LEANDRO.-No, Tomás; no es ésa mi intención; pero tú...

TOMÁS.-Calla, que si te oigo una palabra más tendré que matarte. Con razón has creído que yo no debía seguir viviendo a tu lado. Vivir con un tunante no podía convenirle a un hombre de bien. Espera. (Vase por la puerta de la derecha de primer término.)

## Escena IX

LEANDRO; a poco, TOMÁS; después, GABRIELA; luego, DON VICENTE.

LEANDRO.-¡Qué horrible día! ¿Por qué tolero que me insulte? ¿Le asistirá derecho para insultarme? Logro lo que deseo, y el corazón se me contrista.

TOMÁS.-Ahí va tu frac. (Saliendo por la misma puerta con la blusa y la gorra que llevaba en el primer acto. Trae en la mano el frac, y le arroja al suelo.) Con él puedes engalanar a uno de tus lacayos. Ahí va tu dinero. (Sacando dinero de los bolsillos y arrojándolo también al suelo.); quizá te haga falta algún día. Lo que he gastado en tu casa durante un mes, váyase por lo que tú gastaste en la mía durante más de tres años. Saca la cuenta, y si aún te debo algo, dímelo y te lo pagaré. No quiero deberte nada; quiero quedar en paz contigo, y, sin ser ingrato, poderte despreciar con todas las fuerzas de mi alma.

LEANDRO.-Te ciega la cólera. Me ofendes sin razón.

TOMÁS.-Otra cosa te dice a gritos la conciencia. ¡Gabriela!

(Acercándose a la puerta de la izquierda y gritando.)

LEANDRO.-¿Qué intentas hacer?

TOMÁS.-Vas a verlo. ¡Oh! (GABRIELA sale por la puerta de la izquierda, con el vestido de percal que llevaba en el acto primero.) Ven aquí, (Asiéndola de una mano.) Es preciso que lo sepas. Leandro no te quiere. Va a casarse con otra. Ha pedido la mano de la marquesa.

GABRIELA.-Mira.

TOMÁS.-¿Ese traje?...

GABRIELA.-Antes de saberlo, había yo resuelto separarme de él.

LEANDRO.-¿Estás loca? No lo consentiré jamás.

GABRIELA.-Leandro, tú y yo deseamos vernos libres el uno del otro.

TOMÁS.-¿No le amas?

GABRIELA.-Si le amara, conociéndole, me moriría de vergüenza.

LEANDRO.-¡Oh!

TOMÁS.-¡Te conoce al fin! ¡Ya no te ama! Y yo sentía que fueses malo! Muy bien que haces en serlo. Esto nada más tengo que agradecerte. Gabriela, saliendo de aquí, renuncias al lujo, a las comodidades.

GABRIELA.-Cuando he vuelto a ponerme este vestido de percal se me ha ensanchado el corazón.

TOMÁS.-Gabriela, tú necesitas amparo. Hay un hombre que te ama. Es pobre, pero ante el mundo y ante el cielo puede levantar serena la frente. En otras circunstancias, nunca se hubiera atrevido a confesártelo. El hombre que te ama hace tiempo, el hombre que no piensa más que en ti, que no vive más que por ti, ese hombre soy yo.

GABRIELA.-¡Tú! ¡Ay, no puedes imaginar lo que siente mi alma en este momento!

TOMÁS.-Eres honrada; algún día quizá llegues a quererme. ¿Verdad que no es imposible que me quieras? Responde, una esperanza, una palabra, una sola delante de él.

GABRIELA.-¿Por qué no vi antes quién era él, y quién eras tú?

LEANDRO.-¡Pérfidos, hipócritas! Os quejabais de mí, y me habéis estado engañando villanamente. Dile que le amas; díselo.

GABRIELA.-¿Quieres que se lo diga? Se lo diré, si tú lo mandas.

¡Amarle es mi consuelo, mi rehabilitación, mi orgullo!

TOMÁS.-¿Has dicho que me amas? ¿Has dicho eso? A ver, repítelo.

GABRIELA.-Ten compasión de esta pobre mujer, y no me hagas la ofensa de dudarlo. ¡Te lo juro por Dios!

TOMÁS.-¿Lo oyes, Leandro? A ti no te quiere, y a mí sí. ¿Qué más puedo pedir al cielo?

LEANDRO.-Idos pronto; dejadme.

TOMÁS.-ven a ser mi esposa.

GABRIELA.-¿Tu esposa yo? No; no lo merezco.

TOMÁS.-Yo sí que no merezco tanta ventura.

GABRIELA.-¡Bendita sea tu bondad!

DON VICENTE.-Vamos andando, señorita. (Saliendo por la puerta del foro, con el sombrero y un paraguas en la mano y un lío de ropa debajo del brazo.) Abajo esperan a usted, en un coche, para ir al teatro, el señor Aguilar, su pupila y don Federico Vilches, un amiguito de la casa. (A LEANDRO.)

TOMÁS.-Anda, insensato, anda a buscar lo que te parece felicidad. La felicidad es ésta (Señalando a GABRIELA.); se viene conmigo, huye de ti. Millonario insolente, ¿de qué te sirven tus millones? Rico de ayer, date prisa a gastar tu dinero; gástalo casándote con una mujer que no te ama; gástalo satisfaciendo ruines vanidades que endurezcan y prostituyan tu corazón. Quiere la justicia eterna que el rico malo compre su desgracia a peso de oro ¡Adiós para siempre! (Dirígese al foro con GABRIELA. Síguelos DON VICENTE. LEANDRO se queda meditabundo, con la cabeza inclinada hacia el suelo.)

**FIN DEL PROVERBIO**



Librodot